

CRISTIANDAD

Año XXXI - NUMEROS 517-518

BARCELONA

MARZO-ABRIL 1974

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

SAN JOSE PATRIARCA
DEL PUEBLO DE DIOS

F. C. V.

SAN JOSE

de Torras y Bages

CARTA APOSTOLICA
DEL PAPA JUAN XXIII SOBRE
LA DEVOCION A SAN JOSE

EL MISTERIO PASCUAL
DE CRISTO EN LOS EJERCICIOS
DE SAN IGNACIO

Roberto Cayuela, S. I.

RAZON DEL NUMERO

¿ES QUE EXISTE EUROPA?

Luis Creus Vidal

EL FUTURO DE EUROPA
EN DONOSO CORTES

EL FIN DE MITO
DE LA «EUROPA EUROPEA»

José Javier Echave-Sustaeta
del villar

EN TORNO A EUROPA;
SPENGLER Y TROYMBEE

DESCRISTIANIZACION
Y EUROPEIZACION

Francisco Canals Vidal

LOS DOS TALONES

Plinio Correa de Oliveira

LA ODIESEA ESPIRITUAL
DEL MUNDO OCCIDENTAL

Arnold Toymbee

XII REUNION DE AMIGOS
DE LA CIUDAD CATOLICA

EL BUEN EUROPEO

Gonzague de Reynold

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)
Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

SAN JOSE PATRIARCA DEL PUEBLO DE DIOS

Al declarar a San José, esposo de María la Madre de Dios, Patrono de la Iglesia Universal, Pío IX recogía un anhelo que venía a la cátedra pontificia desde multitud de lugares y gentes.

Como los actos del magisterio, así también la enseñanza de los teólogos en lo relativo a San José y a su misión en el orden de la gracia, ha seguido al sentido de la fe que vive en el pueblo cristiano. Como se ha notado por autorizados teólogos, los presentimientos y adivinaciones del espíritu cristiano sobre el misterio de San José se han producido en el corazón, antes que la razón de los teólogos pasase a formularlos explícitamente.

El último siglo es el de la presentación pública y oficial por la Iglesia jerárquica de una comprensión del lugar de José, el esposo de María, el "Padre" de Cristo que había surgido progresivamente en el Pueblo de Dios, y que difundida multitudinariamente en la piedad cotidiana y ramiliar de los cristianos, había hallado ya algunas expresiones luminosas en el lenguaje de teólogos y autores espirituales.

Patriarca es el título con que nos hemos acostumbrado a oír mencionar siempre a José. Cuando estaba poco presente en la memoria de los cristianos el recuerdo de aquellos "de quienes desciende según la carne Jesucristo que es Dios bendito por los siglos", según expresión de San Pablo al referirse a los Padres del Pueblo de Israel.

Parece como si el instinto sobrenatural impulsara a expresar con aquel título el misterio de la predestinación de José, el "hijo de David" cuya fe y obediencia no se refiere ya a la aceptación de las promesas divinas, cual, en Abraham, sino a la consumación y cumplimiento de las mismas en su propia casa, en el seno de su esposa elegida para Madre de Dios.

"Como confín y horizonte de la nueva y de la vieja alianza" llamaba Isidoro de Isolano, el primero de los grandes teólogos josefinos, al Esposo de la Madre de Dios. Suárez, cuya obra señala un progreso definitivo, relaciona este oficio de José "que no pertenece al Nuevo Testamento ni propiamente al Antiguo sino al autor y piedra angular de uno y otro" con la pertenencia al "orden hipostático" de su ministerio, ordenado en el plan de Dios a la Encarnación del Verbo, que para cumplir la salvación prometida a Abraham y a su descendencia no quiso "asumir una naturaleza angélico" sino venir a ser Él mismo descendiente de Abraham.

La unión de María, nueva Eva, a Cristo, el nuevo Adán, cabeza de la humanidad renovada por el don divinizante de la gracia; el carácter trascendente y único de su relación con la divina Trinidad en que la constituye su dignidad de Madre de Dios; y el misterio excelso de su virginidad fecundada por el Espíritu Santo; fundamentan, lejos de obstruir u oscurecer, los títulos de la excelencia de su virginal Esposo.

Sólo una perspectiva errónea y una incompreensión mundana y carnal del plan providencial de la economía redentora, da motivo a que reduzcamos al parecer la misión "patriarcal" de José, a quien Cristo llamaba padre suyo, a algo así como una "paternidad consorte", a una asociación a la que no sabemos encontrar nombre, a la verdadera y propia maternidad de María.

De aquí las perplejidades y aún desaciertos con que se ha tratado a veces el tema de la genealogía de Cristo, hijo de David, hijo de Abraham, referida en el Evangelio siempre a través del Patriarca José.

Dios había prefigurado el carácter gratuito de su iniciativa redentora en el carácter milagroso del nacimiento de Isaac. Las lecturas de la nueva liturgia nos hablan de la fe del Patriarca, que al aceptar, esperando contra toda esperanza, la promesa divina, fue constituido, en Isaac, el "hijo de la promesa", y de quien el Apóstol Pablo no vacila en hablar como del "nacido según el Espíritu", padre de todos los creyentes.

Por Isaac, milagrosamente nacido, es Abraham antepasado del "Dios con nosotros", y de él desciende "según la carne", es decir, según la dignación misericordiosa de Dios que en verdad me quiere Hijo del Hombre.

Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, que ha querido ser hijo de Abraham e hijo de David nace plena y propiamente "según el Espíritu Santo". María y José son bienaventurados por haber creído en que nada es imposible para Dios. El nacimiento virginal del Hijo de Dios, de María Esposa del Espíritu Santo, no deroga la real y verdadera asunción por el Verbo de la "carne" simiente de Abraham y de David.

La intimidad y humanidad de la relación del Patriarca José con Jesús nacido por el Espíritu Santo, de la que es suya por el matrimonio, no queda derogada por la trascendencia del designio divino. La fecunda virginidad de su Esposa es bien de María pero también es bien de José. La parte que tiene José en la virginidad de María hace que haya que atribuir a José, heredero en plenitud de la fe de los antiguos Patriarcas, el fruto nacido de la promesa y del don

del Espíritu Santo. Por esta razón, afirma Bossuet, es Jesús hijo de José.

Este oficio de José en el orden hipostático, predestinado para la Encarnación redentora, le constituye según el sentir del pueblo intuye, y el magisterio moderno de la Iglesia afirma, en "padre" de la Iglesia, naciente en la familia de Nazaret.

La enseñanza de Paulo VI sobre María Madre de la Iglesia, y la del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia como pueblo de Dios del Nuevo Testamento, heredero por la fe de la filiación de Abraham y de la dignidad israelítica, iluminan el sentido del Patrocinio de José sobre la Iglesia universal, y en definitiva, el sentido, auténticamente fundado en la Sagrada Escritura, del título de Patriarca con que las generaciones cristianas le invocaban.

Santa Teresa llama a José "padre y señor mio". En el texto evangélico el Patriarca del pueblo de Dios de la Nueva Alianza, se ofrece a nuestra contemplación, silencioso, obediente y confiado en el divino poder. Sus rasgos en la narración evangélica pueden nutrir nuestra comprensión del sentido de la pobreza cristiana, inseparablemente unida a la fe y a la esperanza.

Por esto su Patrocinio, proclamado por Pío XII, sobre los hombres que viven del trabajo de sus manos, y la invocación por Pío XI como protector de la fe de los cristianos frente al ateísmo marxista, tienen este mismo sentido, que nos invita también, como recordaba León XIII a una comprensión iluminada, fervorosa y alegre, de la misteriosa plenitud infundida por la gracia de Dios en lo cotidiano y sencillo del vivir de los hombres, bajo la mirada de la Providencia.

Tal vez no sea inadecuado atreverse a poner la siguiente afirmación: el progreso de la piedad hacia San José habrá de ser de importancia capital para una auténtica realización del llamamiento dirigido a los cristianos de nuestros días por el Concilio Vaticano II.

Tal vez todas las dimensiones del mensaje conciliar: en la iluminación más consciente del misterio de la Iglesia y de su presencia en el mundo, en la renovación de su vida misionera en búsqueda de la unidad en la fe, entre los cristianos separados; y en el sentir del urgente mensaje de la unidad en Cristo en el nuevo Israel de Dios, de los hijos del Israel de la carne; en el carácter central y definitivo de la exigencia de las bienaventuranzas evangélicas en toda la vida cristiana; se difundirán por los caminos dispuestos providencialmente a través de la presencia en la vida cristiana de la piedad hacia José, el Esposo de la Madre de Dios y Patriarca de la Nueva Alianza.

SAN JOSE

Sermones de Torras y Bages
(apuntes)

La Iglesia es la única maestra de la vida espiritual, de manera que el que quiera alcanzar esta vida ha de ir siempre oyendo sus enseñanzas, y las da según las circunstancias y las necesidades. Hoy día nos excita a una gran devoción a San José; del uno al otro extremo del mundo se le aclama: los seglares, los eclesiásticos, los religiosos. Se fundan cofradías, congregaciones, etc., en su honor. ¿De qué vendrá, pues, esta excitación sobrenatural? ¿Qué utilidad ha de reportar esta devoción? Dos principales: 1.º Alcanzar su patrocinio poderosísimo; 2.º estudiar su tenor de vida.

La Iglesia católica, o sea la Cristiandad, es una casa de Nazaret en grande. Descríbase la casa de Nazaret como un cielo terreno, donde alumbra de continuo, sin hacerse noche, el sol de justicia, Jesús. Las tres personas de ella desempeñan el papel en el mundo cristiano que desempeñaban en Nazaret, Jesús, el centro de todo, que a todo da vida, todo es movido por Él. José y María trabajan por Jesús, y aún ahora trabajan también por Él; su ministerio en la Iglesia es allegarle almas mediante los corazones que con su devoción ablandan. Pero aun bajo otro concepto tienen el mismo oficio que tenían; Jesús era Dios y como se unió con los hombres mediante José y María. Éste era el eslabón que le unía con la humanidad, y por esto la divina influencia de Jesús se propaga y comunica por María.

La dignidad de Madre de Dios es tan excelente, que nadie la pone en duda; pues José es: 1.º, Padre legal de Dios, y 2.º es esposo de la Madre de Dios; entre esposos hay el humani et divini iuris communicatio. Luego José tiene una cierta igualdad con María. El marido adquiere los derechos y la dignidad de la mujer; aún más, es superior a ésta.

Jesús tenía que amarle entrañablemente, no sólo por lo dicho sino además por su dignidad altísima, que se fundaba:

A) *En los servicios que le profesó y amor que le tenía.*

B) *En la dignidad de que estaba investido por el Eterno Padre, porque si Jesús fue tan obediente a su Padre eterno, debía serlo al Padre temporal que le dio en el mundo.*

C) *Viviendo bajo un mismo techo con Jesús y María, se hizo participante de los secretos divinos. ¡Qué cosas maravillosas debía explicar a sus padres el buen Jesús! Si a las almas que viven en intimidad con Él les explica secretos celestiales, ¿qué había de hacer con éstos, que vivieron con Él en tanta intimidad?*

D) *Dios ama a los virtuosos, y José resplandeció en todas las virtudes (vir iustus). Cuando en concertar un matrimonio preside la prudencia, se procura la igualdad entre los esposos; el matrimonio de José y María no se concertó en la tierra, sino en el cielo, y de consiguiente, entre ambos debió haber una cierta igualdad de virtudes. Pero la perla más preciosa de la corona de virtudes de María es la pureza, por lo cual la castidad es también la más saliente de las virtudes de su virginal esposo.*

**San José y María
eslabón que une a Dios
con los hombres**

E) *La Virgen santificó a Juan Bautista con su salutación; ¿cuánto más a José, con quien conversó toda la vida?*

Amor a la vida oculta

La devoción a San José es utilísima hoy al cristiano, no sólo por su patrocinio eficaz, sino por su ejemplo. Nunca los hombres se habían dejado engañar más por el mundo, por el espíritu de vanidad. Todos quieren sobresalir y ser vistos; sólo por llamar la atención hacen verdaderas extravagancias. Y esto, aunque no en tanta escala, pasa también en los claustros. La vida oculta es muy alabada, pero muy poco seguida, José es el modelo de la vida oculta. No sabemos (a lo menos el Evangelio no lo dice) si llegó nunca a ser amo de tienda, y en caso afirmativo debió ser una tienda muy pobre; de consiguiente toda su vida sirvió, lo cual, de otra parte, era muy propio del Padre de aquel Dios que venía a servir y no a ser servido. El esconder los méritos es cosa inusitada en nuestro siglo, y, no obstante, éste es el espíritu del Evangelio que dice: "Ignore tu mano izquierda el bien que hace tu mano derecha".

Para alcanzar este precioso amor a la vida oculta imitemos a San José; no amemos al mundo ni a la vanidad; amemos, sí, tan sólo a Dios; y de esta manera por Él sólo trabajaremos; y, sabiendo que las buenas obras son tesoro que el mundo roba con sólo verlas, esconderemos nuestra vida entera en Cristo Jesús.

(Valdonzella, festa de Sant Josep de 1881)

San José padre de todo el linaje humano porque fue padre custodio de Cristo

No hay más Señor en el mundo que el Señor Dios nuestro; todos han de reconocer este supremo dominio, y el no reconocerlo importa ya un pecado. No obstante, Dios en su infinita bondad ha querido hacer participantes a las criaturas de este supremo dominio suyo. Instituyó jerarquías de ángeles que presidiesen y gobernasen a los hombres; en su Iglesia, prelados y pastores; en los Estados, príncipes y magistrados, y en las familias padres y jefes que gobernasen las casas como a delegados y representantes suyos.

Aun en el orden sobrenatural ha establecido también seres, ha constituido hombres y mujeres ilustres para que intercediesen por los hombres viadores, los dirigiesen y encaminasen a su último fin.

Por secreto impenetrable de su sabiduría ha hecho como una división de poderes: a unos ha dado poder y eficacia para las cosas y necesidades temporales; a otros para las espirituales; unos les ha constituido protectores de la niñez; a otros, de la juventud, etc. Pero hay un bienaventurado en el cielo a quien Cristo Señor nuestro constituyó padre, protector e intercesor de todo el linaje humano, porque fue padre, protector y custodio suyo en la tierra, y el amor de Cristo hacia nosotros es tan grande, que quiso darnos el mismo padre y la misma madre que Él tuvo. Ya entenderéis que hablo del glorioso patriarca San José, cuya fiesta hoy celebramos.

La intercesión y patrocinio de San José es el más eficaz y poderoso del cielo, a excepción de María Santísima. Por esto ha sido declarado Patrón de la Iglesia universal. Porque un intercesor es más poderoso en cuanto

es más amado de Dios. San José es el bienaventurado más amado de Dios, a excepción de María Santísima. Luego es el más poderoso intercesor.

Dios oye: 1.º, a los que aman, y 2.º a aquéllos a quienes ha constituido intercesores o medianeros. Es decir, a las almas santas y a los ministros suyos. A los primeros por deber de amor; a los segundos por el compromiso de su voluntad al constituirlos intercesores.

1.º Ego diligentes me diligo (*Prov., VIII, 17*) Qui auter diligit me diligitur a Patre meo (*Ioan., XII, 21*). Dios ama a los que le aman. Esto pasa aún en las criaturas imperfectas; ¿cuánto más a Dios, que hasta ama a los que le aborrecen? Los mismos seres irracionales corresponden a su manera a los seres que les aman; la correspondencia consiste en dar gusto, en hacer lo que quiere aquel a quien se ama. La historia sagrada y la eclesiástica nos presentan repetidos ejemplos de casos en que Dios, por amor de algunos escogidos, ha hecho favores extraordinarios; el sol parándose por la oración de Josué; el furor de los bárbaros roto por las oraciones de la legión tebea; la terrible peste de Roma en tiempo de San Gregorio cesa por las oraciones de las sagradas vírgenes, etc. Y si Dios oye a sus siervos viadores ¿qué ha de hacer con los que están en el cielo? Por esto la Iglesia clama: *Omnis Sancti et Sanctae Dei intercedite pro nobis.*

2.º Dios oye y atiende a sus ministros. Éstos son instrumentos de Dios, intermediarios entre Dios y los hombres; son los canales de la gracia divina, porque son por excelencia los servidores de Dios, los destinados a su culto. Por esto todos los pueblos acuden a Dios, para aplacar a la divinidad y alcanzar beneficios. San León Papa detiene a Atila; el obispo Belsance hace el voto y Marsella queda libre de la peste.

San José es el varón más amado de Dios, y, a su manera, su más excelente ministro.

1.º De dos maneras se conoce el amor que Dios tiene a un hombre: A) Por los beneficios y gracias que le ha comunicado. No hay santo a quien Dios haya colocado en más elevado grado ni más próximo a Sí que a San José. Le escoge entre Noé, Abraham, Jacob, etc., para los más altos fines: guardador fidelísimo de la joya de castidad de María; padre nutricio de Jesús, le sustenta; custodio del mismo contra Herodes. En la vida humana de Jesús tiene José una autoridad divina; es José la Providencia del que con su mano rige el universo. B) Conócese además el amor de Dios a un hombre por la virtud y mérito de éste. San José es vir iustus. Tiene todas las virtudes. En especial tiene aquella hermosura de virtud que más enamora a Dios: *omnis gloria filiae regis ab intus.* La virtud oculta es la más pura, porque no puede dirigirse más que a Dios que ve lo oculto de los corazones.

2.º Pero San José no sólo es oído de Dios por el amor que le profesa, sino en cuanto fue un ministro suyo. ¿Quién con más justo título que él puede ser llamado ministro de Cristo? Le sirve en todo; se consagró a su culto. ¿Qué tienen que ver los servicios, el culto que yo, sacerdote, tributo a Cristo en comparación de los que les prestaba San José? De noche y de día, en alimentarle, en defenderle, en cuidarle, en todo totalmente se empleaba, trabajaba por Él, etc. Luego los ruegos de José han de ser atendidos; su patrocinio e intercesión es más poderoso que el de los ángeles, porque él fue ángel admirable de lealtad y pureza; que el de las vírgenes, porque

El Santo más amado de Dios después de María

San José ministro de Cristo

fue virgen; que el de los patriarcas, porque lo fue. Pidámosle que interceda por nosotros en la hora de la muerte.

**San José Patriarca del
Pueblo de Dios,
Cuerpo místico de Cristo**

PREDESTINACIÓN admirable de San José sobre la de todos los antiguos patriarcas: Adán, raíz del linaje humano; San José lo es del pueblo cristiano. Noé, principio del pueblo regenerado; San José igualmente. Abraham, padre de los creyentes; también San José. Jacob, jefe del pueblo predestinado, etc. En la predestinación de San José se ve el carácter propio de la nueva Ley: aquellos antiguos patriarcas eran personajes; San José, un humilde trabajador porque en la ley cristiana Dios suele escoger instrumentos pequeños para hacer cosas grandes. San José protector de Cristo, protector del pueblo cristiano, que es lo mismo en la sustancia. De este Patrocinio hablaré.

Cristo y el pueblo cristiano forman un solo cuerpo. Protección de San José sobre la humanidad de Cristo, sobre el pueblo cristiano. Esta protección se ejerce de dos maneras: Sustentación de la vida material en Cristo, espiritual en nosotros; fomenta la fe, la piedad, pero también ayuda en las necesidades temporales. Defiende la vida temporal de Cristo, la espiritual de los hombres (con motivo de esto explica los oficios de San José sobre Cristo).



CARTA APOSTOLICA DEL PAPA JUAN XXIII SOBRE LA DEVOCION A SAN JOSE

¡Venerables Hermanos y queridos hijos!

Las voces que de todos los puntos de la tierra llegan hasta Nos, como expresión de alegre esperanza y deseos por el feliz éxito del Concilio Ecuménico Vaticano II, impulsan siempre nuestro ánimo a sacar provecho de la buena disposición de tantos corazones sencillos y sinceros, que se vuelven con amable espontaneidad a implorar el auxilio divino para acrecentamiento del fervor religioso, clara orientación práctica en todo lo que la celebración conciliar supone y nos promete de incremento de la vida interior y social de la Iglesia y de renovación espiritual de todo el mundo.

Y he aquí que nos encontramos, con la aparición de la nueva primavera de este año y ante la proximidad de la Sagrada Liturgia Pascual, con la humilde y amable figura de San José, el augusto esposo de María, tan caro a la intimidad de las almas más sensibles a los atractivos de la ascética cristiana y de sus manifestaciones de piedad religiosa, contenidas y modestas, pero tanto más agradables y amables.

En el culto de la Santa Iglesia, Jesús, Verbo de Dios hecho hombre, pronto tuvo su adoración incommunicable como esplendor de la sustancia de su Padre, que resplandece en la gloria de los Santos. María, su madre, le siguió muy de cerca desde los primeros siglos en las representaciones de las catacumbas y basílicas, piadosamente venerada como *sancta Maria mater Dei*. En cambio, José, fuera de algún resplandor de su figura que aparece aquí o allá en los escritos de los Padres, permaneció durante siglos y siglos en su ocultamiento característico, casi como figura decorativa en el cuadro de la vida del Salvador. Pero desde un principio se deseó que su culto penetrase de los ojos al corazón de los fieles y de él sacasen especiales lecciones de oración y confiado abandono. Éstas fueron las alegrías fervorosas reservadas a las efusiones de la edad moderna —¡qué abundantes e impresionantes!—, y entre ellas nos ha complacido especialmente fijarnos en un aspecto muy característico y significativo.

San José en los Documentos de los Pontífices del siglo pasado

Entre los diferentes *postulata* que los Padres del Concilio Vaticano I, al reunirse en Roma (1869-1870), presentaron a Pío IX, los dos primeros se referían a San José. Ante todo se pedía que su culto ocupase un lugar más preeminente en la sagrada Liturgia; llevaba la firma de ciento cincuenta y tres obispos. El otro, suscrito por cuarenta y tres superiores generales de Órdenes religiosas, abogaba por la procla-

mación solemne de San José como Patrono de la Iglesia universal (“Acta et Decreta Sacrorum Conciliorum recentiorum, Collectio Lacensis”, tomo VII, col. 856-857).

Pío IX

Acogió con alegría ambos deseos. Desde el comienzo de su pontificado (10 de diciembre de 1847) fijó la fiesta o rito del patrocinio de San José el domingo III después de Pascua. Ya desde 1854, en una vibrante y devota alocución, señaló a San José como la más segura esperanza de la Iglesia, después de la Santísima Virgen, y el 8 de diciembre de 1870, en el Concilio Vaticano, interrumpido por los acontecimientos políticos, aprovechó la feliz coincidencia de la Inmaculada para proclamar más solemne y oficialmente a San José como Patrono de la Iglesia universal y elevar la fiesta del 19 de marzo a rito doble de primera clase. (Dcr. *Quemadmodum Deus*, 8 de diciembre de 1870; *Acta Pii IX*, P. M. t. 5, Roma 1873, p. 282.)

Fue aquél —el 8 de diciembre de 1870— un breve pero gracioso y admirable Decreto “Urbi et Orbi” verdaderamente digno del “Ad perpetuam rei memoriam” que abrió un venero de riquísimas y preciosas inspiraciones a los Sucesores de Pío IX.

León XIII

Y he aquí, por cierto, al inmortal León XIII, que publica en la fiesta de la Asunción en 1889 la carta “*Quamquam pluries*” (“Acta Leonis XIII P. M.” Roma, 1880, p. 175-180), el documento más amplio y extenso que un papa haya publicado nunca en honor del padre putativo de Jesús, ensalzado con su luz característica de modelo de padres de familia y de trabajadores. De aquí arranca la hermosa oración: “A ti, Bienaventurado San José”, que impregnó de dulzura nuestra niñez.

San Pío X

El Santo Pontífice Pío X añadió a las manifestaciones del Papa León XIII otras muchas de devoción y amor a San José, aceptando gustosamente la dedicatoria, que le hizo, de un tratado que expone su culto (Epist. ad R. P. A. Lépiciér O. S. M., 12 de febrero); multiplicando el tesoro de las Indulgencias en la recitación de las Letanías, tan caras y dulces de recitar. ¡Qué bien suenan las palabras de esta concesión! “*Sanctissimus Dominus Noster Pius X inclytum patriarchan S. Joseph, divini Redemptoris pa-*

trem putativum, Deiparae Virginis sponsum purissimum et catholicae Ecclesiae potentem apud Deum Patronum —y observad su delicado sentimiento personal— *cuius glorioso nomine e nativitate decoratur peculiari atque constante religione ac pietate complectitur*” (AAS. I [1909] p. 220), y las otras con que anunció el motivo de nuevas gracias concedidas: “*ad augendum cultum erga S. Joseph, Ecclesiae universalis Patronum*” (Decr. S. Congr. Rit. 24 iul. 1911; AAS. III [1911], p. 351).

Benedicto XV

Al estallar la primera gran guerra europea, mientras los ojos de Pío X se cerraban a la vida de este mundo, he aquí que surge providencialmente el Papa Benedicto XV y pasa como astro benéfico de consuelo universal para los años dolorosos de 1914 a 1918. También él se apresuró pronto a promover el culto del Santo Patriarca. En efecto, a él se debe la introducción de los dos nuevos prefacios en el Canon de la Misa, precisamente el de San José y el de la Misa de Difuntos, uniendo ambos felizmente en dos decretos del mismo día 9 de abril de 1919 (AAS. XI [1919]), como invitando a una unión y fusión de dolor y consuelo entre las dos familias: la celestial de Nazaret y la inmensa familia humana afligida por universal consternación por las innumerables víctimas de la guerra devastadora. ¡Qué triste pero al mismo tiempo qué dulce y feliz unión: San José por una parte y el “signifer sanctus Michael” por otra, ambos en trance de presentar las almas de los difuntos al Señor “in lucem sanctam”!

Al año siguiente, 25 de julio de 1920, el Papa Benedicto XV volvía sobre el tema en el cincuenta aniversario, que se preparaba entonces, de la proclamación —que ya llevó a cabo Pío IX— de San José como Patrono de la Iglesia universal y volvió sobre ello iluminando con doctrina teológica por el Motu proprio “Bonum sane” (25 de julio de 1920; AAS. XII [1920], p. 313), que respiraba todo el amor y confianza singular. ¡Oh, cómo resplandece la humilde y benigna figura del Santo, que el pueblo cristiano invoca como protector de la Iglesia militante, en el momento mismo de brotar sus mejores energías espirituales e incluso de reconstrucción material después de tantas calamidades y como consuelo de tantos millones de víctimas humanas abocadas a la agonía y por las que el Papa Benedicto XV quiso recomendar a los Obispos y a las numerosas asociaciones piadosas esparcidas por el mundo implorasen la protección de San José, patrono de los moribundos!

Pío XI y Pío XII

Siguiendo las mismas huellas, que recomiendan la devoción al Santo Patriarca, los dos últimos Pontífices, Pío XI y Pío XII, ambos de cara y venerable memoria, continuaron con viva y edificante fidelidad evocando, exhortando y elevando.

Cuatro veces por lo menos Pío XI en alocuciones solemnes, al exponer la vida de nuevos Santos y con frecuencia en las fiestas anuales 19 de marzo —por ejemplo en 1928 (Discursos de Pío XI, S. I. vol. I, 1922-1928, p. 779-780) y luego en 1935 y aun en 1937— aprovechó la oportunidad para ensalzar los muchos ejemplos de que está adornada la fisonomía espiritual del Custodio de Jesús, del cantísimo esposo de María, del piadoso y modesto obrero de Nazaret y patrono de la Iglesia universal, poderoso amparo en la defensa contra los esfuerzos del ateísmo mundial, que tiende a la ruina de las naciones cristianas.

También Pío XII, siguiendo a su antecesor, observo la misma línea e igual forma en numerosas alocuciones, siempre tan hermosas, vibrantes y acertadas; por ejemplo, cuando el 10 de abril de 1940 (Discursos y Radiomensajes de Pío XII, vol. II, p. 65-69) invitaba a los recién casados a ponerse bajo el manto seguro y suave del Esposo de María; y en 1945 (ibíd., vol. VII, p. 5-10) invitaba a los afiliados a las Asociaciones Cristianas de trabajadores a honrarle como a sublime dechado e invicto defensor de sus filas; y diez años después, en 1955 (ibíd., vol. XVII, p. 71-76), anunciaba la institución de la fiesta anual de San José Artesano. De hecho, esta fiesta, de tan reciente institución, fijada para el 1.º de mayo, viene a suprimir la del miércoles de la segunda semana de Pascua, mientras que la fiesta tradicional del 19 de marzo marcará de ahora en adelante la fecha más solemne y definitiva del Patrocinio de San José sobre la Iglesia universal.

El mismo padre Santo Pío XII se congratuló en adornar como una preciosísima corona el pecho de San José con una fervorosa oración propuesta a la devoción de los sacerdotes y fieles de todo el mundo, enriqueciendo su recitación con copiosas indulgencias; una oración de carácter eminentemente profesional y social, como conviene a cuantos están sujetos a la ley del trabajo, que para todos es “ley de honor, de vida pacífica y santa, preludio de la felicidad inmortal”. Entre otras cosas en ella se dice: “Sednos propicio sobre todo y sostenednos en las horas de tristeza, cuando parece que el cielo se cierra sobre nosotros y hasta los instrumentos del trabajo parecen caerse de nuestras manos” (ibíd. vol. XX, p. 535).

La festividad de San José preparación para la Pascua

¡Venerables hermanos y queridos hijos! Estos recuerdos de historia y piedad religiosa nos pareció oportuno proponerlos a la devota consideración de vuestras almas formadas en la delicadeza del sentir y vivir cristiano y católico, justamente en esta coyuntura del 19 de marzo, en que la festividad de San José coincide con el comienzo del tiempo de Pasión y nos prepara a una intensa familiaridad con los misterios más conmovedores y saludables de la sagrada liturgia. Las prescripciones que mandan velar las imágenes de Jesús Crucificado, de María y de los Santos durante las dos semanas que preparan la Pascua, son una invitación a un recogimiento íntimo y sagrado en las comunicaciones con el Señor por la oración, que debe ser meditación y súplica frecuente y viva. El Señor, la Virgen Bendita y los Santos esperan nuestras confidencias y es muy natural que éstas traten de lo que conviene mejor a las solitudes de la Iglesia católica universal.

Expectación del Concilio Ecuménico

En el centro y en lugar preeminente de estas solitudes está, sin duda, el Concilio Ecuménico Vaticano II, cuya expectación está ya en los corazones de cuantos creen en Jesús Redentor, pertenecen a la Iglesia Católica nuestra Madre o a alguna de las diferentes confesiones separadas de ella y también deseosas —como muchos quieren— de retornar a la unidad y a la paz, según las enseñanzas y oración de Cristo al Padre celestial. Es muy natural que esta evocación de las palabras de los Papas del siglo pasado esté encaminada a promover la cooperación del mundo católico en el feliz éxito del gran propósito de orden, elevación espiritual y de paz a que está llamado un Concilio Ecuménico.

El Concilio, al servicio de todas las almas

Todo es grande y digno de ser destacado en la Iglesia, tal y como la instituyó Jesús. En la celebración de un Concilio se reúnen en torno a los Padres las más distinguidas personalidades del mundo eclesiástico, que atesoran excelsos dones de doctrina teológica, capacidad de organización y elevado espíritu apostólico. Esto es el Concilio: el Papa en la cumbre, en torno

suyo y con él, los Cardenales, Obispos de todo rito y país, doctores y maestros competentísimos en los diferentes grados y especialidades.

Pero el Concilio está destinado a todo el pueblo cristiano, que está interesado en él por esa circulación más perfecta de gracia, de vitalidad cristiana que haga más fácil y expedita la adquisición de los bienes verdaderamente preciosos de la vida presente y asegure las riquezas de los siglos eternos.

Por eso, todos están interesados en el Concilio, eclesiásticos y seculares, grandes y pequeños de todas las partes del mundo, de todas las clases, razas y colores, y si se señala un protector celestial para impetrar de lo alto, en su preparación y desarrollo, esa virtud divina, que parece destinada a marcar una época en la historia de la Iglesia, contemporánea, a ninguno de los celestiales patronos puede confiársele mejor que a San José, cabeza augusta de la Familia de Nazaret y protector de la Santa Iglesia.

Escuchando de nuevo, como un eco, las palabras de los Papas de este último siglo de nuestra historia, como nos ocurre a Nos ¡cómo nos conmueven todavía los acentos característicos de Pío XI, incluso por aquella manera suya reflexiva y tranquila de expresarse! Tales palabras nos vienen a las mientes precisamente de un discurso pronunciado el 19 de marzo de 1928 con una alusión que no supo, no quiso silenciar en honor de San José querido y bendito, como gustaba de invocarle.

“Es sugestivo —decía— contemplar de cerca y ver cómo resplandecen una junto a otra dos magníficas figuras unidas en los comienzos de la Iglesia: en primer lugar, San Juan Bautista, que se presenta desde el desierto unas veces con voz de trueno, otras con humilde afabilidad y otras como el león rugiente o como el amigo que goza de la gloria del esposo y ofrece a la faz del mundo la grandeza de su martirio. Luego, la robustísima figura de Pedro, que oye del Maestro divino las magníficas palabras: “Id y enseñad a todo el mundo”, y a él personalmente: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” misión grande divinamente fastuosa y clamorosa.”

Así habló Pío XI y luego prosiguió muy acertadamente: “Entre estos grandes personajes, entre estas dos misiones, he aquí que aparece la persona y la misión de San José, que pasa, en cambio, recogida, callada, como inadvertida e ignorada en la humildad, en el silencio; silencio que sólo debía romperse más tarde, silencio al que debía suceder el grito, verdaderamente fuerte, la voz y la gloria por los siglos” (Discursos de Pío XI, vol. I, p. 780).

San José Patrono del Concilio Vaticano II

¡Oh San José, invocado y venerado como protector del Concilio Ecuménico Vaticano II!

Aquí es donde deseamos llevaros, al enviaros esta Carta apostólica precisamente el 19 de marzo, cuando con la celebración de San José, Patrono de la Iglesia universal, vuestras almas podían sentirse movidas a mayor fervor por una participación más intensa de oración, ardiente y perseverante en las solicitudes de la Iglesia maestra y madre, docente y directora de este extraordinario acontecimiento del Concilio Ecuménico XXI y Vaticano II, del que se ocupa la prensa pública mundial con vivo interés y respetuosa atención.

Sabéis muy bien que se trabaja en la primera fase de la organización del Concilio con paz, actividad y consuelo. Por centenares se suceden en la Urbe prelados y eclesiásticos distinguidísimos, procedentes de todos los países del mundo, distribuidos en secciones diferentes y ordenadas, cada una entregada a su noble trabajo, siguiendo las valiosas indicaciones contenidas en una serie de impresionantes obras que aportan el pensamiento, la experiencia, las sugerencias recogidas por la inteligencia, la sabiduría, el vibrante fervor apostólico de lo que constituye la verdadera riqueza de la Iglesia católica en lo pasado, presente y futuro. El Concilio Ecuménico sólo exige para su realización y éxito luz de verdad y de gracia, disciplinado estudio y silencio, serena paz de las mentes y corazones. Esto por lo que toca a nuestra parte humana. De lo alto viene el auxilio divino que el pueblo cristiano debe pedir cooperando intensamente con la oración, con el esfuerzo de vida ejemplar que preludie y sea prueba de la disposición bien determinada por parte de cada uno de aplicar, después, las enseñanzas y directrices que serán proclamadas al término feliz del gran acontecimiento que ahora lleva ya un camino prometedor y feliz.

¡Venerables hermanos y queridos hijos! El pensamiento luminoso del Papa Pío XI del 19 de marzo de 1929 nos acompaña todavía. Aquí en Roma la Sacrosanta Catedral de Letrán resplandece siempre con la gloria del Bautismo, pero en el templo máximo de San Pedro, donde se veneran preciosos recuerdos de toda la cristiandad, también hay un altar para San José, y proponemos con fecha de hoy, 19 de marzo de 1961, que este altar de San José revista nuevo esplendor más amplio y solemne, y sea el punto de convergencia y piedad religiosa para cada alma e innumerables muchedumbres. Bajo estas celestes bóvedas es donde se reunirán en torno a la Cabeza de la Iglesia las filas que componen el Colegio Apostólico prove-

nientes de todos los puntos del orbe, incluso los más remotos, para el Concilio Ecuménico.

¡Oh San José! Aquí está tu puesto como "Protector universalis Ecclesiae". Hemos querido ofrecerte a través de las palabras y documentos de nuestros inmediatos Predecesores del siglo pasado, de Pío IX a Pío XII, una corona de honor como eco de las muestras de afectuosa veneración que ya surgen de todas las naciones católicas y de todos los países de misión. Sé siempre nuestro protector. Que tu espíritu interior de paz, de silencio, de trabajo y oración, al servicio de la Santa Iglesia, nos vivifique siempre y alegre en unión con tu Esposa bendita, nuestra dulcísima e Inmaculada Madre, en el solidísimo y suave amor de Jesús, rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos. ¡Así sea!

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 19 de marzo de 1961, tercer año de nuestro Pontificado.

IOANNES XXIII PP.



EL MISTERIO PASCUAL DE CRISTO EN LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

Con ocasión del 16.º aniversario de la muerte del P. Ramón Orlandis, S. I.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Cuando el día 24 de febrero de 1958, el P. Ramón Orlandis cerró sus ojos a la luz fugaz y nebulosa de este mundo, para abrir los ojos de su alma a los resplandores divinos de la luz eterna, dedicó "CRISTIANDAD" todo un número, el 331, correspondiente al mes de septiembre de aquel mismo año, "In memoriam" del que había sido su preclaro fundador y siguió siendo su acertado inspirador hasta su tránsito a la Patria bienaventurada.

Los artículos de aquel número se agruparon en dos secciones. Para conmemorar y enaltecer, en la primera, "la vida" del venerado y amadísimo Padre; y en la segunda, "su obra"; vida llena, y obra múltiple, excelsa e impeccedera.

Tuvimos el gran honor y la íntima satisfacción de contribuir modestamente a la evocación y encomio de "su vida", en la primera sección de los artículos, presentándolo, conforme a lo que fue en realidad, "Un Maestro", singularmente escogido y llamado por Dios para ser, por encima de todo, el gran Maestro, el Apóstol teólogo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; y de la soberana eficacia de esta devoción unida a la del Inmaculado Corazón de María, para llegar al Reino de Cristo.

Y puesto caso que para corresponder el P. Orlandis a esta su específica divina vocación, le convenía grandemente prepararse con una formación muy esmerada, profunda y completa en Letras humanas, en Ciencias sagradas, y en la experiencia y magisterio de la vida espiritual, procuramos demostrar cómo

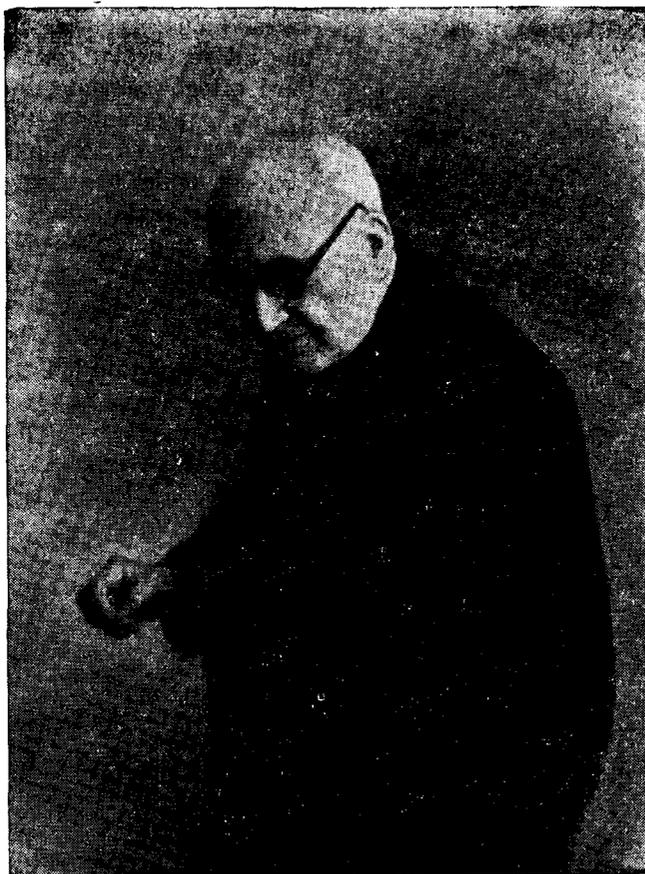
en esas tres cosas fue también el P. Orlandis "un gran Maestro".

Al presentarle como gran Maestro de vida espiritual, terminamos indicando que este insigne Magisterio lo ejercitó principalmente con el trabajo apostólico de dirigir tandas de Ejercicios de San Ignacio; y con el trabajo, no menos apostólico, de escribir sobre el Libro del Santo de Loyola.

Fue breve esta última indicación del artículo, pues supusimos que en el mismo número de la revista se trataría más de propósito sobre este tema, tan importante de "la obra" del P. Orlandis. Y así fue; pues en el documentado y precioso artículo "Doctrina sobre Ejercicios", lo expuso el P. José M.^a Murall (q.s.g.h.), con la competencia que le daba su preclaro talento, su formación solidísima, y su experiencia doctrinal y práctica de Ejercicios.

Pero podemos aseverar que ni aquel docto artículo, ni en ninguno de los muchos escritos impresos que nos quedan del P. Orlandis sobre el Libro inmortal de San Ignacio, se ha publicado (si no nos es infiel la memoria), lo que es un aspecto singular y original de su pensamiento sobre el incomparable Libro. Lo recogimos de sus mismos labios; lo guardamos como preciosa reliquia de su magisterio espiritual ignaciano; y nos complacemos en evocarlo y darlo a conocer, al evocar una vez más su esclarecida memoria, en este año, con ocasión del 16.º aniversario de su nacimiento para el Cielo.

Es, por otra parte, un punto de gran enseñanza



y de muy viva actualidad. Se puede formular con esta pregunta: “¿Propuso San Ignacio, en sus Ejercicios, para nuestra contemplación y participación, el Misterio pascual de Cristo?”.

Dio pie a la animada conversación en la que el P. Orlandis me descubrió su pensamiento y me expansionó su corazón sobre este tema capital de la doctrina y de la vida cristiana, el siguiente relato que le hice de un suceso que me había ocurrido pocos años antes.

Estaba yo tratando con el Padre sobre temas del Libro de los Ejercicios de San Ignacio, cuando se me ocurrió, en buen hora, referirle que en una de mis tandas de Ejercicios a Religiosas, me había salido una de las ejercitantes con esta inesperada y sorprendente pregunta: “¿cómo es que San Ignacio, en todo el Libro de sus Ejercicios, no trata del Misterio pascual de Cristo; y ni siquiera lo nombra?”. Y se quedó tan satisfecha, como quien había encontrado una manera de poner tacha en el Libro de San Ignacio, y de asestar un golpe a su inmenso prestigio. No quise mostrarle mi extrañeza ante tal pregunta, ni menos reconvenirle por lo que a todas luces mostraba ser aquella religiosa: una autosuficiente, y... algo más. Y con toda serenidad y mesura le di esta respuesta: Ciertamente que las palabras “Misterio pascual de Cristo” no están en el Libro de San Ignacio; pero en él está viviente y palpitante el contenido de esa expresión verbal; pues nos da San Ignacio, y nos lo da maravillosamente, la realidad misma, lo que se significa por esas palabras, aun sin mencionarlas. Más aún: se puede afirmar que la Iglesia de Cristo, después del tesoro de la divina revelación, y después

del Sacrosanto Sacrificio de la Misa y de los santos Sacramentos, no tiene cosa mejor que los Ejercicios de San Ignacio para llevarnos a todos al íntimo conocimiento de lo que es en realidad el Misterio pascual de Cristo, por parte de Él, en Él mismo; ni manera más práctica y eficaz para llevar a los ejercitantes a la participación efectiva y aun perfecta del dicho Misterio.

No hace falta recordar aquí el concepto que le mereció al P. Orlandis la pregunta de la religiosa; y con qué acierto y prudencia la enjuició, terminando su opinión con el conocido adagio: “nada hay más atrevido que la ignorancia”.

Mucho más importa hacer constar lo que con gran satisfacción mía tuvo la bondad de expresarme sobre mi respuesta; pues, en su sentir, y me lo aseveró categóricamente, la tenía por enteramente verdadera y plenamente acertada. Ni lo dijo por halagarme, pues en medio de su gran consideración y caridad, tenía una santa libertad en manifestarme sus opiniones, aunque, y siempre en cosas accidentales, no coincidiesen del todo con las mías. Lo dijo porque pensaba enteramente lo mismo.

Y entonces fue cuando, con vivísima satisfacción mía, se puso a expansionar su pensamiento y su corazón sobre punto tan grave, y que en nuestros tiempos, por ser cosa tan traída y llevada, debe ser bien aclarado.

Trataré de resumir lo que entonces oí de labios del venerado Padre sobre tema tan esencial en la vida cristiana; y añadiré a lo que recuerdo de aquella conversación, algunos textos que ilustren el pensamiento del Padre; y también algunas consideraciones que lo puedan poner más al día.

1.º - La realidad del Misterio pascual de Cristo, y la fórmula de su expresión

Tienen su importancia —¿quién lo duda?— las fórmulas de lenguaje humano con que se expresan las verdades de nuestra fe; pero es más indudable que la realidad misma, expresada en una fórmula, es de mucho mayor importancia que la fórmula con que se expresa.

Antiquísima es ciertamente la expresión “el Misterio pascual de Cristo” para significar lo que en realidad fue la Muerte y la Resurrección de Cristo. La relación de paso o tránsito de la una a la otra; y lo que este paso o tránsito de Él fue para nosotros.

Sin embargo, no todos los Santos Padres usaron de esta expresión, hoy tan en boga; y el mismo San Agustín, que se valió de ella, tuvo buen cuidado de explicar claramente lo que ella significa, para evitar confusiones y equivocaciones. Oigámosle:

“Pascua, hermanos, no es, como algunos piensan, una palabra griega (del verbo *pasjein*: apacentar); sino un vocablo hebreo, y quiere decir «Tránsito, o paso, del Señor». Y por eso se dice en la Sagrada Escritura que el Pueblo de Israel celebró por vez primera «la Pascua», cuando huyendo de Egipto, pasó

el mar Rojo; y librado de la servidumbre egipciaca, fue llevado por Dios a la Tierra de promisión. Ahora, pues, aquella figura profética se ha cumplido en su verdadera realización. He aquí la Pascua; he aquí el tránsito. ¿De quién?; ¿de dónde?; ¿a dónde? Tránsito del Señor, de Cristo; tránsito de este mundo al Padre. Con lo cual, a los miembros del Cuerpo místico de Cristo se nos ha dado, en nuestra Cabeza, la esperanza de que, pasando Él, también nosotros, sin duda, hemos de seguirle” (In In., 55, 1).

Y en otro lugar añade el Santo Doctor: “Si Cristo no hubiese pasado del mundo al Padre, después que por nosotros vino al mundo, ¿cómo hubiésemos podido pasar nosotros, que no descendimos para levantarnos, sino que caímos para quedar caídos? La Pascua, pues, el tránsito, fue de Cristo y de nosotros; de aquí al Padre; de este mundo al Reino de los cielos; de la vida mortal a la vida eterna; de la vida terrena a la vida celeste; de una vida corruptible a otra incorruptible; de la fluctuación de las tribulaciones a la perpetua seguridad” (Enarr. in Ps., 68, Serm. 1, 1,2).

Es cosa muy notable la absoluta unanimidad, la ininterrumpida constancia, y la esmerada insistencia con que todos los Santos Padres exponían a los fieles la realidad de este Misterio; el contenido y significado de lo que se expresa con la fórmula “el Misterio pascual de Cristo”. Y lo mismo que los Santos Padres, la Iglesia jerárquica en su Magisterio. La realidad del gran Misterio es ésta: Cristo, por su Pasión y Muerte, pasó, hizo su tránsito, a su Resurrección y perfecta glorificación; y nosotros, en virtud de la Muerte y Resurrección de Cristo, incorporados a Él por el Bautismo, pasamos, hacemos por Él, con Él, y en Él, nuestro tránsito de la muerte del pecado a la vida de la Gracia; y después, de la vida temporal y de prueba, a la vida eterna y de premio felicísimo.

Mas no ha sucedido lo mismo con la expresión misma “el Misterio pascual de Cristo”, pues su uso no ha sido ni tan frecuente ni tan constante; hasta tal punto que en el Índice de Materias del “Enquiridion o Manual de los símbolos, definiciones y declaraciones de la Iglesia en materia de fe y costumbres”, de Enrique Denzinger; y que en su traducción castellana publicó la Editorial Herder, de Barcelona (1955), con el título *El Magisterio de la Iglesia*, ni una sola vez se nombra la expresión “Misterio pascual”.

Más aún; el mismo San Pablo (y en esto hizo hincapié el P. Orlandis en aquella conversación) es un caso muy notable de lo que decimos; porque, ¿en

qué pasaje de sus Cartas usa el gran Apóstol de esta fórmula, de esta expresión? Nunca; en ningún pasaje de ellas. Y, sin embargo, todos los que han tratado de este tema, ya sea con la mencionada expresión, ya sin ella, han tenido que acudir a San Pablo; porque es él quien con más frecuencia, claridad y exhaustiva doctrina nos ha enseñado la realidad, el contenido, el significado de la expresión “Misterio pascual de Cristo”, aun sin usar nunca de ella. Señal y argumento irrefragable de que mucho más importa la realidad del Misterio, que la fórmula que lo expresa.

Todo esto nos lleva como de la mano a proceder ya a la prueba de nuestro asunto.

Mas antes, y para que la prueba sea más convincente, advirtamos algo muy importante.

En la obra clásica *La Iglesia en oración. Introducción a la Liturgia*, dice su insigne autor, A. G. Martimort, que la frase “Misterio pascual”, es la expresión *cultural* o *ritual* del Misterio de la salvación (página 254). Y añade que esta expresión, y mucho más lo que ella significa, o sea la realidad expresada por ella, nos lleva a comprender la naturaleza propia de la Liturgia cristiana; la cual es la presencia *operante* del misterio de salvación, que realizó Cristo con su Muerte y su Resurrección; y que sigue realizando en el decurso de los siglos cristianos, hasta que al tiempo suceda la eternidad (Ib., pág. 755).

Y es en el Santo Sacrificio de la Misa donde tiene su plena realización la maravillosa realidad que expresa la palabra “Misterio pascual”. Porque la Iglesia, celebrando todos los días en la Santa Misa la Muerte y la Resurrección de Cristo, no se limita a recordarnos aquel doble hecho como un doble acontecimiento histórico, ya pasado; sino que celebra sacramentalmente el misterio mismo de nuestra salvación; pues evocando en el Santo Altar la Muerte y Resurrección de Cristo, con la renovación mística, pero efectiva de ambos misterios, actualiza su eficacia misteriosa pero verdaderísima en los fieles.

Propiamente hablando, hace Cristo dos cosas en la Santa Misa de cada día; con más efusión de dones divinos en la Misa del Domingo (el día del Señor); y todavía más solemne y profusamente en la Vigilia Pascual y Fiesta de Pascua.

Lo primero que hace Cristo en el Santo Sacrificio de la Misa es *aplicar* a su Iglesia y a cada uno de los fieles la eficacia salvífica, o sea el poder salvador de su Muerte y Resurrección; y el modo de que se vale Cristo para esta aplicación o comunicación de los frutos de redención y salvación de su Muerte y Resurrección, es la celebración misma que

la Iglesia hace del Sacrificio Eucarístico, que Cristo instituyó y nos dejó en la Última Cena, como memorial perenne, memorial efectivo y operante de su Muerte y Resurrección.

La segunda cosa que Cristo hace en la Santa Misa es *invitar* y *llamar*, con su ejemplo, a los cristianos, incorporados a Él por el Bautismo, a que le sigan a Él en este su doble misterio redentor; es decir, que así como Cristo *pasó* por la Muerte de Cruz a la vida gloriosa de su Resurrección; también nosotros *pase-mos* del pecado, y por la muerte al pecado, a una nueva vida, la de la Gracia, y vivida de manera que se asemeje a la vida de Cristo Resucitado.

Estas dos cosas que Cristo hace en la Santa Misa son las que hermosamente expone San León Magno con estas palabras: "La Cruz de Cristo, con la cual Él salvó a los mortales, es a la vez *Sacramento* y *ejemplo*. Es Sacramento, pues por él se nos aplica la virtud o eficacia de su Muerte y de su Resurrección.

Y es ejemplo, con el que se incita y estimula la devoción del cristiano; porque esto realizó también en gran bien de los que libró del yugo de la cautividad del Demonio: que la imitación pueda seguir a la Redención" (Serm. 72, 1).

Pues bien; esto que Cristo hace sacramentalmente y ejemplarmente en la Santa Misa, es asimismo lo que el propio Cristo hace en los Ejercicios de San Ignacio, en una forma eficazmente espiritual; pues en ellos, al contemplar nosotros la vida de Cruz y la muerte de Cruz de Cristo; y su paso o tránsito por la muerte a la Resurrección; por la pena y el dolor a la dicha y a la gloria; somos llamados por el mismo Cristo para seguirle e imitarle, en lo que es la realidad y el contenido del Misterio pascual.

Sin usar San Ignacio esta expresión, nos lleva a entenderla e imitarla; nos lleva a que lo sintamos internamente y a que participemos del misterio. Véamoslo.

2.º - Toda la realidad del Misterio pascual de Cristo, según los Ejercicios de San Ignacio

Si no hemos de vivir de palabras, sino de realidades; y esto mayormente en nuestra vida espiritual cristiana; es preciso reconocer (añadió aquí el P. Orlandis con acento de íntima convicción) que San Ignacio, aun sin nombrar la expresión "Misterio pascual", nos lleva en su Libro de los Ejercicios, y de la manera más completa, eficaz y segura; tanto o más que ningún otro libro de espiritualidad cristiana, a las dos cosas que integran el Misterio pascual de Cristo; es decir, a sus dos aspectos: el que se refiere al mismo Cristo; y el que se refiere a nosotros; o, de otra manera: el Misterio del paso o tránsito de Cristo, por su Pasión y Muerte a su

Resurrección y vida gloriosa; y el misterio de nuestra participación e imitación de Cristo en ese su mismo Misterio; a saber: nuestro paso o tránsito de la muerte del pecado a la vida de la Gracia y de la gloria. Realmente, toda la vida cristiana consiste en que siguiendo a Cristo, vayamos por donde Él fue a donde Él fue; que le sigamos en su camino, para llegar con Él al dichoso final a donde Él llegó. Pues ambas cosas se enseñan y se practican (notémoslo bien; no sólo se enseñan teóricamente, sino que también se realizan prácticamente), y del modo más perfecto, en los Ejercicios de San Ignacio.

a) *El Misterio pascual en Cristo mismo, según los Ejercicios*

En la Meditación céntrica de los Ejercicios, que es la del Reino de Cristo, nos presenta y nos hace contemplar San Ignacio a Nuestro Divino Salvador, como Rey eterno y Señor universal, que vino del cielo a la tierra para fundar el Reino de Dios; reino no material y humano, sino espiritual y divino; reino no temporal y perecedero, sino inmortal y eterno.

Mas, ¿cómo vino Cristo a establecer su Reino? En plan de *conquista*; y por lo mismo, en plan de guerra, entablando una lucha penosa y dificultosa contra el Príncipe de este mundo; pues como gráficamente nos dice San Juan: "Para esto se manifestó el Hijo de Dios: para destruir las obras del Diablo" (1 In., 3, 8). Y conquistó Cristo su Reino, li-

brando a los hombres del poder de las tinieblas, y de la tiránica esclavitud del pecado, de las concupiscencias desordenadas y de la muerte eterna; y para esto, sometió suave y eficazmente los entendimientos de los hombres a la verdad; y sus voluntades a la filial y amorosa obediencia a la santa voluntad de Dios, manifestada en sus preceptos y consejos.

Y en esta pelea de someter los hombres a la verdad salvadora y a la obediencia de la voluntad del Padre Celestial, nos muestra San Ignacio cómo Cristo-Rey llenó lo más dificultoso y lo más penoso, viviendo y muriendo en continua contradicción, persecución y sufrimientos de toda clase.

Tras de esto, y propuesta en sus términos generales la vida penosísima de conquista con que se abrazó, por nuestro amor, Cristo Jesús; nos lleva a contemplar más en concreto y como paso a paso, en todo lo que él llama la 2.^a semana de los Ejercicios, y para que conozcamos, amemos y sigamos a Cristo, la evidente realidad de que desde el primer instante de su Encarnación, escogió libremente el camino que más había de complacer y glorificar a su Padre Celestial, y el mejor para redimirnos a sus hermanos los hombres; el camino que había de sernos la prueba más grande y heroica de su amor; el camino que atravesando siempre por los eriales de la pobreza, de las privaciones, del hambre y sed, del frío y del calor, del trabajo fatigoso y de las continuas persecuciones, y, en fin, de las más amargas penas tanto del cuerpo como del alma; hasta que, haciéndose cada vez más estrecho y áspero su camino, lo terminó en el Calvario. Escogió redimirnos por la Cruz; y así, toda la vida de Jesús fue vida de Cruz y martirio, hasta llegar a la inmolación suprema de su Pasión

y Muerte. Empero, “per Crucem ad lucem”; por su Pasión y Muerte, como paso o tránsito, a su perfecta glorificación, al resucitar del sepulcro y al subir triunfante a los Cielos.

Así nos presenta San Ignacio, tal como en verdad fue, toda la vida de Nuestro Salvador. Y, ¿no es esto, todo esto, en otros términos, la mismísima realidad de lo que se contiene en la expresión: el Misterio pascual de Cristo.

En la 3.^a semana nos guía San Ignacio para que contemplemos del modo más vivo todos los pasos o misterios de la Sagrada Pasión; y esto, durante seis días; y después, el día séptimo, “la contemplación de toda la Pasión junta”; como para disponernos, con todo ello, a presenciar el tránsito de Jesús por su Muerte a su Resurrección.

Y en la 4.^a semana, la contemplación de los misterios, rebosantes de gloria y gozo, de Cristo Resucitado; mas de tal manera, que sea en relación expresa con la Sagrada Pasión, por la que había llegado Jesús a tanta gloria y gozo; pues dice así: “Considerar cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la Pasión, aparece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima Resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos de ella” (pág. 222).

Tal es la primera parte del Misterio pascual de Cristo, en lo que a Él mismo se refiere, a cuya devotísima consideración, para su conocimiento íntimo, y en orden a nuestra imitación y participación, nos lleva en forma admirable San Ignacio.

Ni menos se muestra Maestro insuperable en llevarnos eficazmente a lo que es como la segunda parte del gran Misterio pascual; la que se refiere y nos corresponde a nosotros, los incorporados en Cristo.

b) *Nuestra participación en el Misterio pascual de Cristo, a que nos lleva San Ignacio*

Volvamos a la Meditación céntrica de los Ejercicios; la del Reino de Cristo; la cual es un perfecto resumen del Santo Evangelio, en el que se nos presenta Cristo *llamando* a todos los hombres, para que le sigamos a Él: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas; sino que tendrá la luz de la vida” (In., 8, 12). Y así, todo el Evangelio, que es un continuado llamamiento de Cristo a todos los hombres para que vayamos en pos de Él.

Es que de tal manera vino Cristo a establecer el Reino de Dios en la tierra, que la obra de Él fuese

con la colaboración de los hombres, los cuales, respondiendo a la llamada de Cristo, y dejándose conquistar previamente por Él para pertenecer a su Reino, cooperasen además con Él en la conquista de los demás hombres.

Con palabras clarísimas y llenas de sentido evangélico lo dice San Ignacio: “Ver a Cristo Nuestro Señor, Rey eterno; y delante de Él todo el universo mundo, al cual, y a cada uno en particular, llama y dice: Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos los enemigos; y así, entrar en la gloria de mi

Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo; *porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria*" (n. 95).

Hemos subrayado estas últimas palabras, porque sobre todo en ellas se expresa plenamente la realidad que se designa con la frase: "nuestra participación en el Misterio pascual de Cristo"; y en tales términos que, diciendo lo mismo, lo expresan de una manera más asequible e inteligible para todos.

Ni se contenta con esto San Ignacio. Sabe muy bien que la respuesta del hombre al llamamiento de Cristo puede tener sus grados; ser más o menos perfecta. Y trata de llevarnos a la respuesta mejor; a la más generosa; a una participación íntima y del todo completa en seguir a Cristo en la pena; y así en la gloria.

El primer grado es el de los que al oír la llamada de Cristo, se ofrecen y se prestan, por lo menos, para tomar parte en la pelea de Cristo, haciendo ellos guerra a su propia sensualidad y a su amor propio desordenado, hasta someterse del todo a la voluntad de Dios en lo que es de precepto.

A base de esto, los que pensándolo bien (los que tienen juicio y razón, dice San Ignacio), "ofrecerán todas sus personas al trabajo" (n. 96). Porque lo que en este grado se pide es ofrecimiento y sacrificio de la misma persona, y de toda la persona, sin reservarse nada de lo que tiene y puede, en el trabajo de cooperar con Cristo en su obra de conquista de las almas.

Pero aún más; porque San Ignacio nos presenta una manera más plena y perfecta de corresponder a la llamada de Cristo; pues dice: "Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo; mas aún haciendo contra su propia sensualidad, y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento" (n. 97). Y estas oblaciones se reducen a un encendido deseo y a un propósito y determinada voluntad de imitar a Cristo Nuestro Señor, siguiéndole en el camino de la Cruz; y concretamente con aquella participación de la Cruz redentora de Cristo, que el mismo Señor disponga para cada uno, en su cuerpo y alma, en su vida y muerte.

¿Todavía más? Sí, ciertamente: la locura de la Cruz; la hondonada más profunda a la que quiso bajar y humillarse Nuestro Redentor; pero que fue la sima y el abismo desde donde subió a la cumbre más excelsa de su glorificación.

A este tan alto grado de perfección, que es ya ser plenamente partícipe del Misterio de Cristo, nos

lleva San Ignacio en lo que él llama "tercera manera de humildad". Dice así: "La 3.^a es humildad perfectísima; es a saber: cuando incluyendo la 1.^a y la 2.^a; siendo igual alabanza y gloria de la Divina Majestad; por imitar y parecer más actualmente a Cristo Nuestro Señor; quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre, que riquezas; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores; y desear más de ser estimado por vano y loco, por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo" (n. 167).

El que con la gracia divina y encendido en ardiente amor a Cristo, se resuelve a ir tan cerca de Él, por el mismo camino que Él nos descubrió con su ejemplo; y por asemejarse más a Él y hacerse viva imagen suya, se decide a bajar con Él hasta el profundo abismo de elegir ser despreciado por el mundo; ¿cómo no ha de estar cierto de que se cumplirá en él lo que promete el Divino Rey: "porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria"? (n. 95).

¿Y no es esto la perfecta participación del Misterio pascual de Cristo?

Y aún habríamos de exponer ahora la admirable eficacia con que San Ignacio nos lleva, en la 3.^a y 4.^a semana de sus Ejercicios, a lo que es ya propiamente y de un modo total y exacto, la participación del Misterio pascual de Cristo, aun sin mencionar esta expresión.

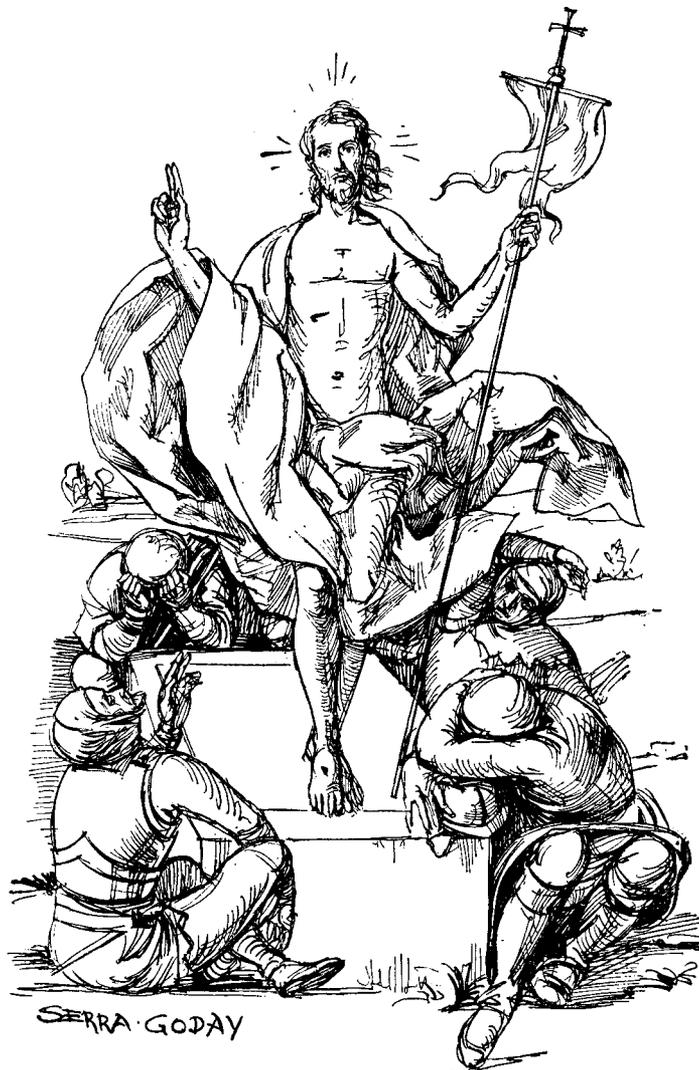
Mas por no alargarnos, diremos en resumen que dicha 3.^a y 4.^a semana son, propiamente hablando, el ejercicio práctico, expreso y como exclusivo de la participación en el Misterio pascual de Cristo; pues en las contemplaciones de la Pasión y Muerte de Cristo, y en las de su Resurrección y Ascensión, nos guía San Ignacio de tal manera, que no nos limitemos a una compasión meramente *afectiva* de las penas del Señor; como tampoco a una admiración entusiasta, pero no muy fructuosa, de su glorificación; sino que procuremos, mediante la divina gracia, instantemente suplicada, identificarnos tan afectiva y efectivamente con los sufrimientos de Cristo; y después con sus gozos y gloria; que en verdad alcancemos lo que es el gran fruto de los Ejercicios de San Ignacio: nuestra completa *transformación* en Cristo; ahora, en Cristo Crucificado; después, y por este camino, paso o tránsito, en Cristo glorificado.

Y ahora sí que podemos terminar con toda razón y justicia: ¿hay manera más verdadera y eficaz (después, ya se entiende, de la palabra revelada por Dios, del Sacrificio Eucarístico y de los Santos Sacramen-

tos), para llegar a una perfecta, total e íntima participación en el Misterio pascual de Cristo, que los Ejercicios de San Ignacio?

Queden consignados estos memorables recuerdos del P. Ramón Orlandis, como preciosas reliquias del

espíritu ignaciano del que habiendo sido genial fundador de "CRISTIANDAD", siguió siendo su alma y su inspiración mientras vivió; y confiamos que es ahora y será en lo sucesivo, nuestro valedor y protector, ante el Divino Rey, en el Cielo.



RAZON DE ESTE NUMERO

El tema de la crisis de la sociedad occidental, vuelve a estar vigente con motivo de los recientes sucesos que han evidenciado la fragilidad y utopía en que se asientan las bases de la unidad europea. **CRISTIANDAD** quiere aprovechar esta circunstancia para poner de manifiesto cómo, a través de las ilusiones y decepciones puestas en los distintos mitos "salvadores" que nos proponen los políticos de nuestro tiempo, se constata la imposibilidad de construir un mundo a espaldas de Dios.

Ante las amenazas y angustias en que se debate el mundo, sólo la fe en Cristo Rey Redentor de todos los hombres, pueden los pueblos encontrar el remedio salvador; por ello una vez más nos acogemos al patrocinio de San José, Patriarca del Pueblo de Dios de la Nueva Alianza, para que bajo su intercesión se aceleren los tiempos en los que las naciones gocen de la "Paz de Cristo en el Reino de Cristo".

¿ES QUE EXISTE EUROPA?

LUIS CREUS VIDAL

EL SAINETE DE COPENHAGUE

Copenhague. Fine 1973, y se reúnen en esta capital nórdica, en plan del mayor nivel, los más altos dirigentes de las que llamaríamos las más importantes naciones de Europa.

Llevamos muchos años, muchísimos sin haber visto cosa igual. Raras veces se había registrado una escena parecida, con tanto elevado personaje, ni aún en los viejos tiempos de la Sociedad de las Naciones, ni, más tarde, quizá en la propia O.N.U.

¿Pero, qué sucede? ¿Amenaza una nueva guerra? ¿Iba a surgir, como allá en 1878, una conferencia como la de Berlín, para zanjar el problema de Oriente? ¿O cómo la de Algeciras, en 1905 para evitar un conflicto general derivado de la situación en Marruecos? ¿O algo así como los Tratados de 1919? ¿O cómo los de Rapallo o de Locarno, allá en la década de los veinte, para prevenir otros nuevos conflictos? ¿O cómo la de Munich en 1938, tan trascendental como inútil, y, sobre todo, dramática?

Nada de esto. Allí en el Oriente (que llamamos "Medio", pero que mejor debería llamarse "Próximo"), unos cuantos emires, jeques, reyezuelos o algo así, se han puesto de acuerdo —quizá por primera vez ha acontecido una rara unanimidad entre árabes— para regatear a Europa su petróleo. Nada menos, pero también nada más.

Es verdad que este acontecimiento derivaba, y deriva, de algo enormemente profundo, y que nosotros no podemos ignorar. No por especial agudeza, mérito ni visión política nuestra, sino por cuanto nosotros por especial providencia, hemos aprendido de buenos maestros lo que llamamos Teología de la Historia. Y creemos podemos comprender algo de este tremendo conflicto, el árabe-judío, cuya trascendencia y profundidad se ocultan a aquéllos que sólo saben considerar al Mundo de hoy como una "Sociedad de Consumo", al hombre de hoy como el "homo economicus", sin acertar a nada más. Pues pocos hemos aprendido a hacerlo "sub speciae aeternitatis".

Pero al ojo del hombre de la calle, e incluso, quizá a la propia mayoría de aquellos prohombres o altos

dirigentes de Estado concentrados en Copenhague, parece —parecía a lo menos— limitarse a esto: al peligro inmediato de que los Países europeos (concretamente, los "9" del Mercado Común) se hallasen sin carburante.

Problema económicamente gravísimo, sin duda, pero harto inferior a aquellos otros que más arriba hemos citado, y que habían promovido Conferencias árabes, nada menos, que de Guerras mundiales.

“¿EN JAQUE POR UNOS JEQUES?”

Y problema que en otros tiempos nos hubiera hecho sonreír.

Europa, ¿en jaque por unos jeques? diríamos un tanto humorísticamente. No hablemos ya de las épocas victorianas con su dominio universal, o de las del Imperio militar alemán, quizá el más fuerte de todos los tiempos. ¡Retrocedamos tan sólo a las contemporáneas nuestras, con la Inglaterra de Jorge V, la Francia de Poincaré para no citar más que a los dos Países más irremisiblemente soberbios, y decir si hubiéramos podido concebir al Continente europeo afligido por la actitud de unos caídas del Irán, del Irak, acorralado por un rey de la Arabia, y hasta por las entonces subyugadas colonias del Norte africano, devenidas ahora nuevas potencias. ¡Qué humillación!

Apresurémonos a protestar de una cosa. Pese a las apariencias en contra, es tanta la humildad de los españoles, que llegamos a sentirnos culpables y solidarios ante este rebajamiento de Europa. Y esto, no podemos aceptarlo. Y no por "chauvinismo", defecto en el que no incurrimos los españoles, tan poco dados como somos a reivindicarnos a nosotros mismos, y a aceptar cargar con culpas ajenas. Si no podemos, en forma alguna, reconocer culpabilidad de España en la actual decadencia y desastre de Europa, es sencillamente, por cuanto ninguna responsabilidad nos alcanza. En el Concierto europeo (mejor dicho des-concierto) de los grandes siglos colonialistas (el XIX y la mitad del XX), España fue siempre la Cenicienta. Jamás estuvimos sentados en el festín, y ni las miga-

jas nos lanzaron, como a los perros, Inglaterra y Francia, dueñas de más de 1/3 del Orbe. Por tanto, si no concurrimos a la Fiesta, no tenemos por qué sentirnos responsables de los egoísmos y luego de sus consecuencias de tantas otras Naciones europeas. A cada uno lo suyo.

Pues bien. Volvamos a nuestro asunto. La humillación de Europa es lo que ahora —su justo castigo— palpamos.

Mas en Copenhague acabamos de presenciar algo más grave y vergonzoso aún. Y que a los antiguos y soberbios países del Continente (Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda) no les ha servido de lección. Ni siquiera. ¡Cuánta verdad es que el pecado de orgullo no tiene remedio!

¿Qué hemos visto? Que ni tan sólo el problema del petróleo ha servido para unirlos, a pesar de hallarse todos ellos, los famosos "9" vinculados en un Mercado Común.

A la hora de la verdad, ni siquiera estos países de Europa, antaño dueños del mundo, han sabido sacar lección de los jeques y de los emires. Éstos han sabido unirse. Europa no.

¡"SÁLVESE QUIEN PUEDA!"

¡Sálvese quien pueda!, ha sido el fruto de la convención de Copenhague.

Ninguna solidaridad, ni siquiera ante la amenaza común. Ante el problema de todos.

Bien podía Holanda, la más afectada por la amenaza árabe, apelar al espíritu, y aún, a la letra, de lo que podríamos llamar el "convenant" del Mercado Común. Mutuo apoyo. A lo menos, libre e íntimo comercio, fluidez de intercambio (tanto más de los bienes más necesarios) y de auxilio. Aquello del "uno para todos" y "todos para uno", se ve bien claro que ha quedado para los novelistas baratos del XIX. En el XX, el lema es "¡Sálvese el que pueda!". Francia, como siempre, la primera y la campeona en la insolidaridad. Y los demás, a seguir su ejemplo. ¿Qué hicieron, pues, tantos personajes en reunión tan precipitada y fracasada ya casi non-nata? ¿Comprobar su impotencia? Parece que limitáronse todos a celebrarla, quizá marchándose a almorzar, a guisa de consuelo, al magnífico restaurante del "Tivoli" danés. Tras el "parto de los montes", se "miraron unos y otros de soslayo", se fueron, y, al fin, "no hubo nada".

Con todo fundamento, el comentario universal ha sido éste: el fin de Europa. Fracaso y rotundo mentís a todo intento de unión Europea.

Pero, ¿es qué ha existido jamás esto que llamamos Europa?

¿HA EXISTIDO JAMÁS ESTO QUE LLAMAMOS EUROPA?

Mirándolo ahora con ojos completamente naturales —precisamente todo lo contrario de lo que llamamos "sub speciae aeternitatis"—, la Historia nos dice que no. No ha existido jamás una Unidad europea, ni menos Europa como lo que podríamos llamar —siquiera por lejana analogía—, una personalidad.

Repitamos que es muy difícil empeñarnos en hablar de Europa, en pretender reivindicar Europa, cuando, en realidad, ésta no ha existido nunca.

La gran unidad Romana, se extendía alrededor del gran lago Mediterráneo (con la sola excepción de los ignorados pueblos del lejano Oriente), único mundo de entonces.

Más tarde, este Mundo, amenazado por el Islam, se limitó a poco más que una Italia, una Austrasia, Neustria, Borgoña y la indefinida "Alamannia": de este primer núcleo fue donde, bajo el conjuro del Papado, surgió una Cristiandad.

El ungido Sacro Romano Imperio le intentaría dar, junto con fortaleza y extensión, un estatuto legal, pero el orgullo de los Emperadores y la ambición de los franceses, amén de otros pecados y pecadores oponiéndose a las vías de la Providencia, rompió este camino de unidad. Notemos, además, que en su generosa universalidad, este intento admirable no coincidía con lo que hoy llamamos Europa. Aquella época, de ésta, ignoraba hasta su nombre, de resonancia mítica.

La Reforma y la Paz de Westfalia, sembrando la discordia, desmenuzaron el Continente, cuya hegemonía arrebató Francia y cuya división fomentaría Inglaterra. Ambas por largos siglos. Un único y generoso intento de unificación cristiana desinteresada, siempre más universal que continental, se había registrado, pero había sido combatido por todas las fuerzas anticristianas coaligadas: nos referimos al de España. Todo lo demás, si exceptuamos esporádicos y heroicos episodios, siempre raros, de solidaridad europea, hija de un superior sentimiento religioso, cual fue el de Polonia, salvadora de tantas Naciones ingratas que habían de devolverle mal por bien.

La Revolución y el Siglo XIX "consagran" y anuncian nuevas Nacionalidades. Desde doscientos años se hablaba, vagamente, de una cosa cuyo nombre era Alemania, de otra que se llamaba Italia. "¡Vanas

expresiones geográficas!" las calificaba, desdeñoso, Metternich. Se erraba, pues entrañaban una innegable unidad de historia, de raza y de lengua. Y la Historia lo probó, puesto que se apoyaban en tres factores tan decisivos.

Pero Europa, de la que el pecado y el orgullo humanos han hecho siempre un mosaico, ésta sí, jamás pasó ni ha pasado de esto: de ser una expresión geográfica. Hasta 1914, ciudadela de los dueños, y resumen de la civilización humana, dividida esta Humanidad en clanes, en banderías, en partidas, en estos monstruos de egoísmo que hemos llamado nacionalidades, siendo Europa su núcleo y razón, se hallaba condenada inevitablemente de antemano a esto: a estar dividida en los mismos clanes, banderías y nacionalidades. ¿Qué significaba Europa sino otra cosa que el pequeño Continente que domiciliaba la gran Torre de Babel central del mundo, torre central de la otra mayor Torre de Babel del Orbe entero?

LA UTÓPICA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Una última ocasión pareció presentársele a Europa después de 1919, y entre lo que, muy propiamente (1919-1939) se ha llamado Período-entre-dos-guerras. Nos referimos a la Sociedad de las Naciones. Fue ocasión quizá, repitámoslo. Más, ¡cuan vana!

Todos conocemos a partir de que principios, ideales, y fines (todos ellos pseudo-principios y aun peores pseudo-ideales) nació este primer ensayo de Ágora internacional. Y sus avatares.

Fijémonos en ellos brevemente. Por razones conocidas —que precisamente son objeto de estudio nuestro en la serie de artículos que, contando con la benevolencia del lector, vamos publicando relativamente a 1917 y a la Teología de la Historia—, la tal Sociedad de las Naciones se convirtió, buena o mala (más mala que buena) en una Ágora europea. Casi non-nata, se separó de la misma su Fundadora y cuna: la Unión de los Estados Unidos de América. El Japón nunca estuvo sinceramente representado, por lo menos en serio, ni se lo parecía tomar así, en la S. de N. No existían, por tanto, en el período 1919-1939 aún otras grandes Potencias que las Europeas. En su propia casa, en su propio centro geográfico, en Ginebra, tenían el punto de reunión.

Era la época en que éstas aún eran dueñas, no sólo de sus propios destinos, sino quizá, de los del Orbe. Pero había que ser ciego para no apercibirse que lo que podemos llamar hegemonía europea tocaba a su

fin. Ya era tópico entre los intelectuales: Spengler el primero de ellos, "tan poco leído, como siempre comentado" cual agudamente se ha observado.

¿Sirvió la Sociedad de las Naciones, la solemne ágora de las orillas del Léman, de feliz punto de concordancia para despertar, por lo menos, una solidaridad europea? En modo alguno. Todo el mundo sabe que tal Sociedad, pese a su cacareada significación democrática, hija espiritual y aún local de la mente de Calvino, no fue otra cosa que el club preparado por Inglaterra y por Francia para, en nombre de aquella, asegurarse bien su hegemonía mundial, su imperialismo, que se extendía a —como hemos remarcado— una tercera parte de la entera extensión del Orbe, y siempre a base de imponer el respeto a los injustos Tratados de Paz de 1919. Naturalmente, de Ginebra salió el odio y la discordia: de allí, por justa reacción, surgió el fenómeno del Fascismo y del Nazismo que habían de repetir la Guerra mundial y sembrar el Planeta de ruina y de sangre.

A ninguna otra cosa podía llevar una utópica Sociedad de Naciones, que había escogido precisamente como sede a Ginebra, la "Roma Protestante" harto significativamente, y que representó en alguna manera la consagración del Laicismo —al que dio un verdadero estatuto de tal— en la Sociedad. A nosotros no nos puede extrañar: lo contrario hubiera sido motivo de admiración. Precisamente por ello, en lo que ha sido dado en llamar "felices años veinte" —cuando en realidad, fueron los nefastos "veinte"—, es que se levantó gallarda la voz del más enérgico de los Pontífices: del formidable Pío XI que, ante el escándalo de todos los santones de la paz, de la democracia, de la fraternidad, de la utopía y, sobre todo, de la hipocresía, proclamó, intrépido, ante todos y contra todos, los derechos imprescriptibles de Cristo Rey sobre la Sociedad humana y sobre los Estados.

"EL MIEDO COMO TAL, JAMÁS HA SIDO LAZO DE UNIÓN"

Quizá se nos tilde de pesimistas. Humanamente hablando, sí lo somos. ¿Quién puede pensar, si tiene un poco de seso, en una unidad de Europa?

Mirándolo con ojos cristianos, este anhelo, bien legítimo —y que ha sido tan justamente bendecido por voces autorizadas de la Iglesia— es un lejano sueño. ¡Qué más quisiéramos! Cuantas tierras benditas tiene Europa, que debieran ser motivo de unión entre todos. La Península Itálica, sede geográfica de la Iglesia, con sus caminos recorridos por los Santos

Benito y Francisco. Nuestra España, con su ruta jacobea, y sus constelaciones de santos del siglo xvi. Francia, archivo del Cister, de Cluny, de Lourdes, de Lisieux. La vieja Inglaterra, en otro tiempo tierra de santos. La Alemania de los Santos Bonifacio y con la tradición de su Sacro Imperio. La Polonia heroica y mártir... Pero todo esto no es compartido ni aún sentido, y quizá la Providencia lo permita, para evitar que una nueva Europa, sin sólida base cristiana, pudiera convertirse, a su vez, en un nuevo y monstruoso Estado "chauvinista", de estos que, en la Época moderna, han antepuesto la Patria, la Nación y el propio Estado, a Dios, abriendo el camino al caos y por paradoja, al propio Comunismo.

Sea como sea, esta decadencia de Europa nos recuerda, por analogía, aquella Carta primera, del Apocalipsis, a la Iglesia de Éfeso, que representaba la primera Iglesia, la de Jerusalén. Se la amenaza, si no hace penitencia, con esto: "...removeré tu candilero de su sitio. Apoc., 2-5). Esto es, le sería retirada la primacía. Análogicamente con Jerusalén, Europa, repleta de dones concedidos por la Providencia, parecía predestinada a ser la sal del Mundo. Por desgracia ha sido todo lo contrario.

En vano, a nuestro entender, se promoverá la idea europea. Se dirá, y con razón se repetirá, que una simple unión política en ella, determinaría aún

una potencia, en hombres, en medios económicos, en todo, superior a los EE. UU. y a la U.R.S.S. Es cierto. Pero todo esto es machacar en hierro frío. El más destacado exponente "anti-europeo" ha sido precisamente De Gaulle, nefasto en tantas cosas, y sobre todo en esta herencia suya. "¡La Europa de las Patrias!" Esto es, la Europa de la discordia y de la división, y, sobre todo, del egoísmo. Como siempre, se hablará de Europa, pero por parte de Francia será para dominarla, por parte de Alemania para no entenderla, y por parte de Inglaterra para dividirla.

A Europa, como al hombre, se le puede aplicar el inmortal pensamiento de San Agustín: La Europa era predestinada, fue señalada para Él. Y permanecerá eternamente confusa y dividida, sin el más mínimo vínculo interno de solidaridad, en tanto se empeñe en separarse de Él. "¡Nos has hecho, Señor, para Ti...!"

¿Y el peligro que representan las Superpotencias extracontinentales, EE. UU., U.R.S.S. y China?, se nos dirá. ¿Es que una amenaza común exterior no puede ser, alguna vez, su conglomerante?

Aquel profundo pensador que fue nuestro Padre y Fundador, Ramón M. Orlandis, un día, hablando de esto mismo, con su certera visión, nos decía y repetía: ¡"El Miedo, como tal, jamás ha sido un lazo de unión"!

Bendice Virgen de Fátima a Europa entera, hoy más que nunca atormentada por profundas divisiones, entre quienes piensan poder edificar un mundo nuevo sin tu Hijo, que es el salvador, el camino, la verdad y la vida del mundo; entre quienes piensan poder edificar un mundo nuevo sin permanecer fieles a la gloriosa tradición de sus antepasados

De la homilía del Patriarca de Venecia Angel José Roncalli, futuro Papa Juan XXIII, el 13 de Mayo de 1956 en Fátima, en el XXV aniversario de la Consagración de Portugal al Corazón Inmaculado de María

EL FUTURO DE EUROPA EN DONOSO CORTES

LA POLÍTICA DE LAS REFORMAS ECONÓMICAS SÍNTOMA DE LAS GRANDES RUINAS

Yo creo, señores, creo con la convicción más profunda, que entramos en un período angustioso; todos los síntomas que lo anuncian se presentan juntos a la vez: la ceguera de los entendimientos, el encono de los ánimos, las discusiones sin objeto, las contiendas sin motivo; sobre todo, y más que todo esto, y será lo que más extraña al Congreso, el furor que de todos se apodera por las reformas económicas. Este furor que a todos agita por esta clase de cuestiones, no se presenta nunca en primer término sin que sea anuncio seguro de grandes catástrofes y de grandes ruinas.

Se ha dicho que traer aquí estas cuestiones era el medio de vencer al socialismo. ¡Ah, señores, el medio de vencer el socialismo! Pues ¿qué es el socialismo sino una secta económica? El socialismo es hijo de la economía política como el viborezo es hijo de la víbora que, nacido apenas, devora a su propia madre. Entrad en esas cuestiones económicas, ponedlas en primer término, y yo os anuncio que antes de dos años tendréis todas las cuestiones socialistas en el Parlamento y en las calles.

“Dircurso sobre Europa”

VANA ILUSIÓN DE LA UNIDAD FUNDADA EN INTERESES MATERIALES

Pero la diplomacia, que sometiéndolo al principio que debía gobernar el Mediodía al tratado de Viena, que por todas partes se retira de la escena del mundo, ha hecho imposible la existencia de una unidad compacta que pueda resistir a la del Norte; que ha desmoralizado la sociedad y debilitado los tronos, no por eso se considera vencida, y cree que, apoyándose éstos en los intereses materiales de las clases del Estado y armonizando los pueblos por medio de sus intereses materiales recíprocos, podrá encontrarse esa unidad que se busca y que con ella el Mediodía podrá inclinar a su favor la balanza. ¡Vana ilusión! La tendencia de todos los intereses materiales es a complicarse y a subdividirse; su efecto, individualizar y disolver. Una sociedad no puede estar fundada sobre ellos, porque la movilidad de sus transformaciones sólo puede producir agregación momentánea, pero jamás una sociedad permanente.

“Consideraciones sobre la diplomacia”

FUERZA SATÁNICA DE LAS REVOLUCIONES MODERNAS

¿Quién no ve en las revoluciones modernas, comparadas con las antiguas, una fuerza de destrucción invencible, que, no siendo divina, es forzosamente satánica? Antes de dejar este asunto, me parece oportuno hacer aquí una observación importante, que abandonaré a la meditación de mis lectores. De dos pláticas del ángel de las tinieblas tenemos noticia exacta: la primera

la tuvo con Eva en el Paraíso; en la segunda citó la Escritura, interpretada a su manera. ¿Sería temerario creer que así como la palabra de Dios tomada en su sentido verdadero, es la única que tiene el poder de dar la vida, es la única que también que, siendo desfigurada, tiene el poder de dar la muerte? Si esto fuera así, quedaría suficientemente explicado por qué las revoluciones modernas, en las que se desfigura más o menos la palabra de Dios, tienen esa virtud destructora.

“Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo”

DOS CIVILIZACIONES BABILÓNICAS: LA ROMANA Y LA OCCIDENTAL

Yo he visto dos edificios gigantescos, dos torres babilónicas, dos civilizaciones espléndidas, levantadas a lo alto por la sabiduría humana; la primera cayó al ruido de las trompetas apostólicas, y la segunda va a caer al ruido de las trompetas socialistas. Y en presencia de este espectáculo tremendo, me pregunto a mí mismo con terror si la sabiduría humana es otra cosa sino vanidad y aflicción de espíritu. No se me oculta que hay hombres de un optimismo invencible, para quienes es una cosa evidente que la sociedad no ha de caer, porque no ha caído ya, y a cuyos ojos el nublado, lejos de crecer, se va deshaciendo por los aires. Para ellos, la revolución de febrero fue el castigo y lo que viene es la misericordia. Los que viven verán, y los que vean se asombrarán al ver la revolución de febrero no fue más que una amenaza y que ahora viene el castigo.

Polémica con la prensa española

RUSIA AMENAZA DE EUROPA

Este Imperio inaccesible (Rusia) se ha hecho señor de todas las posiciones que servían de fronteras naturales a todos los Imperios: Señor del Báltico amenaza a Suecia. Señor de Polonia, pone espanto a la Alemania. Señor del Mar Negro sus águilas pueden volar en un día desde Sebastopol a Constantinopla. Desde el Cáucaso amenaza a Persia. Desde la Persia influye en las revoluciones interiores del Asia Central, fronteras del Imperio Británico en la India. Y como si le viniera estrecho tan gigantesco principado, coloso de Europa, tiende su brazo por el océano glacial para unir su mano a la mano de otro coloso: la América.

Tal es el Imperio que asoma por las puertas del Mediterráneo, conturbando con su presencia en ese lago de la civilización a las naciones de Europa y dando origen a la cuestión del Oriente.

“Antecedentes sobre la cuestión de Oriente”

¿POR QUÉ MUERE EUROPA?

Sí: la sociedad europea se muere: sus extremidades están frías: su corazón lo estará dentro de poco. ¿sabéis por qué se muere? Se muere, porque la sociedad había sido hecha por Dios para alimentarse de la sustancia católica, y médicos empíricos le han dado por alimento la sustancia racionalista.

Se muere, porque así como el hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, así también las sociedades no sólo mueren por el hierro, sino por toda palabra anti-católica, salida de la boca de los filósofos. Se muere, porque el error mata; y esa sociedad está fundada en errores. Sabed que todo lo que tenéis por inconcuso es falso. La fuerza vital de la verdad es tan grande, que si estuvierais en posesión de una verdad, de una sola, esa verdad podría salvaros. Pero vuestra caída es tan honda, vuestra decadencia tan radical, vuestra ceguera tan completa, vuestra desnudez tan absoluta, vuestro infortunio tan sin ejemplo, que esa sola verdad no la tenéis. Por eso, la catástrofe que ha de venir, será la catástrofe por excelencia de la historia. Los individuos pueden salvarse todavía, porque pueden salvarse siempre; pero la sociedad está perdida. Y esto, no porque tenga la imposibilidad radical de salvarse, sino porque para mí está visto que no quiere salvarse. No hay salvación para la sociedad; porque no queremos hacer cristianos a nuestros hijos; y porque nosotros no somos verdaderos cristianos. No hay salvación para la sociedad, porque el espíritu católico, único espíritu de vida, no lo vivifica todo, la enseñanza, los gobiernos, las instituciones, las leyes y las costumbres. Torcer el curso de las cosas, en el estado que hoy tienen, no se me oculta que sería una empresa de gigantes.

EL CASTIGO DE INGLATERRA: EUROPA SATÉLITE DE RUSIA

Cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes, habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en la Europa no haya patriotismo, habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el Oriente de Europa se haya verificado la gran confederación de los pueblos eslavones; cuando en el Occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de Rusia; entonces Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra Patria; entonces señores, presenciaremos el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la historia; ese castigo tremendo será, señores, el castigo de la Inglaterra. De nada le servirán sus naves: ese imperio colosal caerá postrado, hecho pedazos, y su lúgrube estertor y su penetrante quejido resonará en los polos.

No creáis, señores, no creáis que las catástrofes acaban ahí; las razas eslavonas no son a los pueblos de Occidente lo que eran las razas alemanas al pueblo romano; no, las razas eslavonas están hace mucho tiempo en contacto con la civilización, son razas semicivilizadas; la administración rusa es tan corrompida como la administración más civilizada en Europa, y la aristocracia más corrompida de todas. Ahora bien, señores: puesta la Rusia en medio de la Europa conquistada y prosternada a sus pies, ella misma absorberá por todas sus venas la civilización que ha bebido y que la mata. La Rusia no tardará en caer en putrefacción; entonces, señores, no se yo cuál será el cauterio universal que tenga Dios preparado para aquella universal podredumbre... yo creo más fácil una revolución en San Petesburgo que en Londres.

EL FIN DEL MITO DE LA "EUROPA EUROPEA"

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA DEL VILLAR

Como es bien sabido, la Comunidad Europea o Mercado Común, creada por el Tratado de Roma, pretende alcanzar la unidad política de Europa a través de su unión comercial y económica.

Este propósito, en cuya realización se llevan ya casi veinte años, ha sufrido últimamente tales contratiempos, y se le han opuesto tan graves obstáculos, que se ha llegado a poner seriamente en duda la viabilidad de su consecución.

La nave de la comunidad, que hasta ayer avanzaba mecida por los benéficos "vientos de la Historia", y gozaba del inequívoco favor de los "signos de los tiempos", se halla hoy a la deriva, sin capitán ni timonel; expuesta a zozobrar en la tormenta.

¿Qué ha hecho enmudecer a tan ineluctables vientos y eclipsarse a tan prometedores signos?

El Club de los nueve se ha visto sacudido por la grave crisis mundial de finales de 1973, y mostrando al descubierto su fragilidad interna y la debilidad de sus instituciones, ha evidenciado que no existe esa pretendida identidad europea capaz de generar su unidad política.

Desde el pasado otoño todo comenzó a salir mal, pese a los buenos deseos y palabras de los eurócratas. Primero fue el desacuerdo en el reparto del crudo, siguió la unilateral decisión de la flotación del franco, culminando la desunión en la Conferencia de Washington. Vino después la incertidumbre comunitaria ante el triunfo laborista de las elecciones inglesas, luego la crisis italiana, las elecciones belgas la sorprendente desaparición del Jefe del Estado francés... Nadie quiere ya hablar del futuro de la Comunidad, ni de los programas y fechas fijados en las cumbres de París y Copenhague. ¿Qué ha pasado?

El Islam, el petróleo y Europa

Aparentemente todo habría comenzado con la guerra del "Yon Kippur", cuando los árabes, bien aconsejados sin duda por su protector soviético, decidieron cuadruplicar en pocas semanas el precio del petróleo, y embargar a Holanda el preciado oro negro. Mas Holanda, que no era una nación aislada, pues no en vano pertenecía desde sus inicios a la Comunidad Económica Europea, reaccionó inmediatamente convocando a los restantes países comunitarios, y cual la virgen necia de la parábola, les pidió que compartieran con ella el petróleo de sus lámparas. A la expectación siguió la decepción, pues no sólo no se compartieron las reservas, sino que, para evitar mayores males, se acordó proclamar solemnemente la justicia de la causa árabe, y exigir la inmediata devolución por Israel

de los territorios ocupados. Europa, consciente de su inoperancia política se resignó a desempeñar en la crisis el papel de víctima y salir de ella con el menor daño posible.

Los Estados Unidos de América y los Estados desunidos de Europa

Mientras la Europa comunitaria se debatía en la impotencia, veía, cruzada de brazos, sus aires y sus aguas surcados por puentes aéreos y navales estadounidenses, y tras estremecerse, se limitó a protestar airada por no haber sido consultada antes de decretar la sorprendente alerta nuclear con que Nixon respondió al supuesto amago soviético de intervenir en el conflicto.

Convencidos de la necesidad de actuar, aunque sin saber qué hacer, se convoca una nueva cumbre en Copenhague en la que estudiar un plan energético conjunto. Brotaron nuevas esperanzas, pero también en esta ocasión los hechos se impusieron sobre las palabras. Ante la falta de acuerdos concretos, se publicó un manifiesto de desvaído europeísmo, que proclamando buenos deseos anunciaba el unánime propósito de volver a la senda comunitaria, y para demostrar que nada grave impedía el progreso hacia la unidad, empeñaron su palabra en resolver antes de finalizar el inminente fin de año de 1973 el más grave problema pendiente: el de los fondos regionales.

El regionalismo, piedra de toque de la unidad

Una decidida política regionalista será realmente una de las pocas bases sólidas en las que pueda afirmarse la precaria unidad europea. De su éxito dependerá que la idea de Europa unida sea popular, y por tanto viable.

Sin metas ambiciosas, pero como primer paso, se pretendía evitar la división entre países ricos y pobres dentro de la comunidad, imponiendo a los primeros la obligación de subvenir a las necesidades de las regiones más deprimidas de los segundos. Pero como cada país defendía sus particulares intereses, y así Italia, Gran Bretaña, Irlanda y Francia exigían para sus regiones cuotas elevadas que Alemania, matrona nutricia de la comunidad, se resistía a soportar sola, no hubo más remedio que aplazar la cuestión para tiempos mejores. Una vez más las palabras que hablaban de unidad fueron desmentidas por los hechos que evidenciaban desunión.

Los acuerdos bilaterales o sálvase el que pueda

Despuntó el año 1974 hallando a los europeos debatiéndose en estériles regateos internos, totalmente ajenos a la crisis mundial, mientras Mr. Kissinger, brazo ejecutor del acuerdo ruso-americano, con amplios poderes, imponía —autoritario en el fondo, pero suave en la forma— la paz entre los bíblicos beligerantes, una paz en la que se hallaban interesados ambos patrocinadores.

Los países europeos, aprovechando el respiro de los contendientes, se lanzan en una loca carrera de velocidad a aprovisionarse del preciado crudo a través de convenios bilaterales con los países árabes productores, reconociendo en la práctica la imposibilidad de una solución conjunta a sus problemas energéticos, justificándose hipócritamente en que estos convenios no eran incompatibles con la estrategia comunitaria. Para postre, a las decisiones británica e italiana de salirse de las normas comunitarias sobre política monetaria, sigue la destemplada decisión francesa de declarar la flotación del franco, nueva devaluación competitiva, que da al traste con la precaria unidad monetaria europea.

“La Europa europea” y la Alianza Atlántica

La penuria de ideas es total, y ante ella, Kissinger tomando una vez más la iniciativa, a falta de algo más inteligente, convoca una conferencia sobre la energía, invitando sólo a los trece mayores consumidores de petróleo. En sus preparativos, mister Kissinger, consciente de la fuerza política y económica de su país, y del respaldo que le dan sus acuerdos con la URSS, se permite advertir a Europa de su inoperancia política a escala mundial; le recuerda que no en vano fue la gran derrotada en la Guerra Mundial, que sus intereses son ya puramente regionales, y que por tanto, debe definitivamente renunciar a ser protagonista, limitándose a resolver sus graves problemas internos, para lo que, como siempre, puede contar con la ayuda norteamericana, que esta vez se concretaría a través de una nueva Alianza Atlántica.

La conferencia de Washington nuevo Waterloo europeo

Con la moral decaída ante los recientes fracasos y la desunión a flor de labios, la Comunidad Económica Europea se presenta en Washington intentando dar la medida de su fortaleza y de su unidad. Su portavoz autorizado, Mr. Scheell, al parecer ex-

cediéndose de los poderes otorgados en Bruselas, acepta sustancialmente las propuestas americanas, mientras que Francia se separa de los nueve manifestando su total oposición. Alemania y Holanda encabezan la postura de que cualquier intento de afirmación política europea debe contar con el favor norteamericano y con la protección de su sombrilla nuclear, mientras que Francia pretende dirigir el grupo en la línea de desligarse de la OTAN buscando el beneplácito de los árabes y de la URSS. Tras la conferencia se evidencia que la pretendida unidad europea no existe.

Los comunistas y la Europa unida

Vista la actuación de Estados Unidos durante la crisis, cabe preguntar ¿qué han hecho entre tanto los comunistas?

Al comenzar la guerra del petróleo, “Pravda”, no pudiendo disimular la satisfacción soviética ante la descomposición del occidente europeo, no se recataba en afirmar: “La Europa de la industria y el capital, en cuanto ha disminuido la ración de petróleo, se ha convertido en un agitado corral de desconfianzas y pequeñas frases”.

Frente este escape de su auténtico sentimiento ante la crisis europea, la U.R.S.S., sobreponiéndose, adoptó la táctica a seguir que mejor favoreciese a sus intereses.

Ya había dicho Breznev en la primavera de 1972 que el Mercado Común era una realidad a la que no había que atacar por sistema.

Esta línea fue la seguida por sus satélites, los partidos comunistas occidentales, que se reunieron en la propia Bruselas, sede de la Comunidad por las mismas fechas en que los ministros europeos preparaban la conferencia de Washington. Cuestión obligada era la de pronunciarse sobre la actitud a adoptar ante los trágicos rumbos que tomaba la Europa unida.

Aunque parezca extraño, en el Congreso comunista nadie atacó a la idea de la unidad de Europa. Todos coincidieron en que dicha unidad era necesaria. Sin duda pensarían que les resultaba más hacedero apoderarse de Europa una vez unificada —a la vista de los principios que inspiraban su unificación—, que pretender tomar el poder en cada país aisladamente. Se dijo que en todo caso era preciso dejar intactas las instituciones comunitarias, pues deberían servir en un no lejano futuro socialista. Mas, para no asombrar demasiado a los miembros del partido menos ilustrados, se declaró la urgente necesidad

de proletarizar la comunidad como contrapeso a la fuerza de los monopolios capitalistas.

La idea de que Europa sólo podrá unificarse si toda ella es socialista se ha ido imponiendo tanto en el Este como en el Oeste. ¿Qué otra cosa podía significar en la práctica la Europa del Atlántico a los Urales del general De Gaulle?

Hoy por hoy, y no se vislumbra posibilidad humana de cambio en un futuro inmediato, esos límites de Europa sólo son posibles partiendo de la base de que se trate de una Europa marxista, esto es, auténticamente socialista.

¿Pero existe Europa?

Ante la respuesta que ha dado la Comunidad Económica Europea ante los últimos acontecimientos son muchos los que se han preguntado: ¿Pero existe realmente Europa? Luis Creus ha respondido certeramente a esta pregunta en un luminoso artículo de este número de la revista. Que la situación es la más grave por la que ha pasado la unidad europea, resulta evidente. El propio secretario de la Comisión Europea reconocía, aún antes de la clara desunión manifestada en Washington, que la Comunidad padece una grave crisis de confianza, de voluntad y de lucidez. Ello equivale a reconocer que la comunidad hoy se pregunta ¿para qué es preciso el construir ahora una Europa unida?

Ante la pregunta, nos responderán unos que es precisa para crear una fuerza económica capaz de superar las crecientes dificultades presentes y futuras, capaz de garantizar un continuo aumento de la renta per cápita de los europeos.

Por el contrario, para otros se trataría más bien una cuestión de prestigio, de gloria, de independencia o de "grandeur". Ante la debilidad de estos fundamentos, invocan otros como razón básica para la construcción de una Europa unida, la imperiosa necesidad de mediar entre los dos colosos mundiales para impedir su dramático enfrentamiento. Este razonamiento más sutil que los anteriores carece también de lógica, pues resultaría absurdo, y hasta puede que contraproducente, el intentar terciar entre los dos únicos gigantes nucleares cuando sus relaciones, superando fases de guerra fría y coexistencia pacífica, han alcanzado una fraterna y armónica convivencia de la que siguen frutos tan espectaculares como los éxitos diplomáticos de Mr. Kissinger tanto en Vietnam como en Oriente Medio.

Hay que concluir que como razón de ser para la creación de una Europa unida no convencen ar-

gumentos económicos ni de prestigio, ni falsos alegatos de pacifismo altruista. ¿No será más profunda la causa de la suspirada unidad, tan proclamada con palabras, pero tan desmentida por los hechos?

¿Será que Europa, cada vez más consciente de su marginación histórica, y de su decadencia, pretende detenerla mediante un proyecto de unidad, carente como ella de alma, y por lo tanto de vida?

Si como dice Toynbee los grandes imperios son expresión de la inexorable decadencia de una cultura, ¿será la aspiración de unidad europea el signo de esa decadencia inexorable?

Las presentes resistencias y dificultades que por lo visto hacen hoy aun inviable la unidad europea, ¿serán indicio de que todavía Europa no ha muerto?

A España no le dejaron ilusionarse con el mito de Europa

Gracias a Dios, hoy por hoy, España nada tiene que hacer ni que decir, política ni económicamente, ni en la Europa de los monopolios, ni en la formada por la confederación de los partidos socialistas nacionales. Ninguna de esas dos Europas tiene razón objetiva de ser, ni por tanto, raíces sanas sobre las que crecer y dar frutos de unidad duradera. Ni el hueco ideal democrático del progreso indefinido y la fraternidad filantrópica, ni el falso ideal mesiánico anticristiano del marxismo tienen fuerza para anuar a los hombres y a los pueblos europeos del siglo xx en una empresa conjunta estable. España tiene la gran suerte de no haberse ilusionado en esas empresas, aunque, bien es verdad, porque providencialmente, recordando su historia pasada y reciente, no ha sido aceptada hasta ahora por sus promotores.

* * *

Europa sólo existió, política y culturalmente, cuando se constituyó como Cristiandad, y sólo tiene posibilidades de existir con personalidad propia, sin concretarse en un desesperado afán de resistir su subconsciente sentimiento de decadencia, volviendo a estructurarse como nueva Cristiandad. La secularización acabó con la Europa Cristiana, y ahora por última también con la Europa anticristiana. La salvación de Europa sólo está en una vuelta al espíritu de la Cristiandad, palabra que significaba y simboliza la unión de todas las patrias en una comunidad que las abarcaba sin absorberlas, porque las unía un afán supremo, el de implantar en la tierra europea el orden cristiano, en el que los hombres, sintiéndose redimidos por Cristo, y por ello hijos de Dios, se sentían hermanos y se amaban.

EN TORNO A EUROPA: SPENGLER Y TOYNBEE

EUROPA SIMPLE CONCEPTO GEOGRÁFICO

Hállase en esto el historiador atenazado por el prejuicio fatal de la geografía —por no decir la sugestión de un mapa— que considera a Europa como una *parte del mundo*, por el cual el historiador se siente obligado a trazar igualmente un límite *ideal*, que separe a Europa de Asia. La voz “Europa” debiera borrarse de la historia. No existe el tipo histórico del “europeo”. Es locura, en el caso de los helenos, hablar de “Antigüedad europea” —Homero, Heráclito, Pitágoras, ¿eran, pues asiáticos?— y de su “misión”, consistente en aproximar culturalmente Europa y Asia. Éstas son palabras que provienen de una trivial interpretación del mapa y que no corresponden a ninguna realidad. La palabra “Europa”, con todo el complejo de ideas que han nacido bajo su influencia, es la que ha fundido a Rusia con el Occidente, en nuestra conciencia histórica, formando una unidad que nada justifica. En este punto para nuestra cultura de lectores, hecha en los libros, ha tenido una mera abstracción, enormes consecuencias reales. En la persona de Pedro el Grande ha falseado, para siglos, la tendencia histórica de una masa primitiva de pueblos; aun cuando el *instinto* ruso traza el límite entre “Europa” y “la madre Rusia”, mediante una hostilidad que se encarna muy exacta y profundamente en Tolstoi, Aksakov y Dostoyevski. Oriente y Occidente son conceptos de verdadero contenido histórico. “Europa” es un mero sonido que no justifica nada. Todo lo que la antigüedad creó es grande, nació por la negación de un límite continental entre Roma y Chipre, Bizancio y Alejandría. Lo que se llama la cultura europea prodújose entre el Vístula, el Adriático y el Guadalquivir. Y aun suponiendo que Grecia, en tiempos de Pericles, “estuviese en Europa”, ya hoy no lo está.

Spengler. *La decadencia de occidente*

LA UNIFICACIÓN POLÍTICA, SIGNO DE DESINTEGRACIÓN

Uno de los más evidentes síntomas de desintegración es el presentado por un fenómeno de la última etapa de toda la declinación y caída, cuando la civilización que se desintegra consigue una prórroga gracias a su sometimiento a una unificación política forzosa, dentro de la estructura de un “estado universal”. Para un occidental a quien le interese la historia, el ejemplo clásico de estado universal, en este sentido especial del término, es el imperio Romano, al cual la sociedad Helénica quedó agregada por la fuerza, en la penúltima etapa de su historia, inmediatamente antes del interregno en que desapareció, y en que surgió a la vida nuestra civilización Occidental.

¿EL MUNDO OCCIDENTAL EN VÍSPERAS DE UN “ESTADO UNIVERSAL”?

(...)

¿Y qué podemos decir de nuestra civilización occidental? En contraste con todas las contemporáneas vivas, la civilización occidental aún no ha

alcanzado, como es manifiesto, su estado universal; y, por lo menos, si se la juzga de acuerdo con las apariencias exteriores, no se halla en la proximidad de ese hito histórico. El paroxismo nacionalista que abrumó al mundo en 1958 más bien indica —salvo que ese frenesí haya sido un último y desesperado acceso traducido en coces contra el agujijón— que la unificación política de nuestro mundo occidental habrá de ser pagada a subido precio y que nuestros provincianos estados nacionales habrán de atravesar nuevos períodos de fratricidas guerras intestinas antes de verse en la necesidad de unirse mediante un efectivo contrato social o de someterse a la otra terrible posibilidad de ser aunadas por la fuerza. Sin embargo un estado universal no constituye la primera etapa de la desintegración de una civilización, y tampoco la última. Al estado universal le sigue un interregno, y le precede “un tiempo de angustias” que normalmente parece abarcar varios siglos; y si los hombres de esta generación nos resolviésemos a juzgar nuestra época con el criterio meramente subjetivo de nuestros sentimientos, sería muy probable que los mejores jueces declarasen, en forma unánime, que el advenimiento del “tiempo de angustias” en nuestro mundo occidental se ha producido en la actualidad... *tanta stat praedita culpa.*

APREMIANTE SENTIMIENTO DE UNA “PAX OECUMENICA”

... Nuestra sociedad occidental se halle o no en desintegración, seguramente aún no ha llegado, por lo menos, a la segunda recuperación, en el proceso de desintegración, pues esa segunda recuperación está indicada regularmente por la instauración de una *pax oecumenica*, y esa *pax*, es un estado que nuestra sociedad ciertamente aún no alcanzó. ¿Cómo es, sin embargo, que tenemos tan clara conciencia de este hecho —y es indudable que la tenemos—? La respuesta es que en Occidente a los hombres de nuestra generación ya no nos contenta, como complacía a nuestros antepasados, ver que esta sociedad sigue dividida en un número de estados soberanos y provincianos que tienden a afirmar su soberanía guerreando entre sí.

A diferencia de nuestros antecesores, los miembros de la actual generación sentimos en lo más profundo de nuestro corazón que una *pax oecumenica* es ahora una necesidad apremiante. Vivimos en el cotidiano espanto de una catástrofe que tememos pueda sorprendernos sin dejarnos todavía sin solucionar aquella necesidad. No es exagerado decir que la sombra de ese temor que se atraviesa en nuestro futuro nos está hipnotizando, sumiéndonos en una parálisis espiritual que comienza a afectarnos incluso en las distracciones más triviales de nuestra vida diaria. Y si podemos armarnos de coraje para mirar de frente ese espanto, no obtendremos la recompensa de sentirnos capaces de desecharlo desdeñosamente como si sólo se tratase de la fobia de un maniático. El agujijón de ese temor consiste en el hecho innegable de que nuestro miedo brota de una raíz racional.

DESCRISTIANIZACION Y EUROPEIZACION

Francisco CANALS VIDAL

La tesis: España pertenece a Europa se repite en los últimos años con insistencia, como consigna inspiradora de actitudes políticas, culturales e incluso “pastorales”.

No parece que sea una afirmación “sin problema”. Si se tratase de algo obvio, como sería decir que el castellano es una lengua neolatina, o que por los descubrimientos y la conquista se convirtió en el idioma de muchos millones de hombres, o que la sociedad política española ha sido confesional y católica desde los tiempos de la monarquía visigoda, no parece que se tendría que poner tanto énfasis en la afirmación.

Es característico que el nerviosismo de los europeístas les lleva con la máxima frecuencia a dar al enunciado de su tesis un sentido imperativo y apremiante, expresado en un tono despectivo y acusador. No es la simple afirmación de que los españoles somos europeos, sino más bien la proclamación indignada de que tendríamos que serlo, y de que es intolerable ya que no lo seamos.

El argumento europeísta se convierte en europeizador, sobre la base de una implacable autocrítica de los caracteres propios de lo español empeñado en ser diferente.

Así la consigna europeizadora busca su fuerza en la lamentación y la protesta contra las deficiencias de “este país”, al que es tan difícil convencerle de que no debería ser como es —ni como ha sido en su intolerante historia llena de guerras movidas por la pasión religiosa y política— sino que debería transformarse por la europeización para pertenecer así, como es su deber, a Europa.

Algún problema profundo tiene que haber en la relación entre lo hispánico y lo europeo. De otro modo el europeísmo español no habría tomado las actitudes sermoneadoras e insultantes que han sido su rasgo propio a través de las sucesivas etapas de tarea europeizadora: absolutista; ilustrada; liberal; democrático-cristiana; tecnocrática-desarrollista.

Con la europeización democrático-cristiana, y con sus alianzas e implicaciones progresistas se relaciona la que podríamos llamar “pastoral” descristianizadora mediante la evangelización del pluralismo y la desecralización.

La confesionalidad de la sociedad política española y su unidad católica habían sido ratificadas después de secular vigencia en el Concordato de 1851 y en el Convenio de 1941. En ambos momentos, y después de radicales conmociones en la sociedad por el empeño revolucionario de sentido secularizador y laicizante,

fue voluntad explícita de la Iglesia, expresada en la exigencia de la Santa Sede, la que contribuyó, con la voluntad nacional, a la restauración de la confesionalidad política.

España ha de contarse ciertamente entre los casos aludidos en la declaración conciliar del Vaticano II sobre la libertad religiosa: “si atendidas las circunstancias peculiares de los pueblos, se atribuye en la ordenación jurídica de la sociedad un reconocimiento especial a una comunidad religiosa...”. Por la fuerza de la historia, y después de algunas vacilaciones en torno a la idea de un “Estado aconfesional”, la confesionalidad católica del Estado quedó definida como uno de los principios fundamentales constituyentes del edificio político.

Ante este hecho nos encontramos con actitudes absurdas. Y se oyen formulaciones que serían dignas de incorporarse a una antología de paradojas lógicas.

Invocando que el Estado se llama confesional se le sermonea a veces a que por obediencia al Concilio deje de serlo. Parece no caerse en la cuenta que los Estados se convierten en aconfesionales por la fuerza social de la incredulidad, y en este caso ya no se sienten obligados jurídicamente a obedecer a la jerarquía religiosa.

Se quiere que el Estado reconozca la libertad de la Iglesia para enjuiciar la vida social y política, y tal vez se le apremie con textos “conciliares” a que institucionalice el pluralismo político o sindical; y a la vez, y también con textos “conciliares”, se le invita a que deje de proclamar el principio de que inspirará su legislación en la doctrina católica.

Y si tales absurdos se dan en el plano de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, de la manera en que son vistas o presentadas desde campañas periódicas que intentan crear corrientes de opinión, el mismo empeño desconfesionalizador lleva a otras paradojas y contrasentidos en la predicación y en la catequesis.

Muchas veces hemos soportado ceremonias funerarias en las que hemos oído acusar de hipocresía a los presentes en la iglesia, que con toda seguridad estaban allí todos ellos por amistad con la familia del difunto, y con una actitud por lo menos de respeto, y muchos de ellos también con una convicción sincera en la fe. No veíamos a nadie coaccionado, pero en lugar de oír hablar de la caridad de la plegaria por los difuntos, o de la esperanza de la resurrección, tuvimos que reflexionar sobre los inconvenientes de un cris-

tianismo sociológico, necesariamente insincero e hipócrita.

Tampoco se presupone la buena fe, o la espontaneidad de su gesto, en el padre de familia “que se le ocurre” que debe bautizar a su hijo. Después de lo laborioso de las gestiones viene a veces en la ceremonia una predicación de la que está ausente el anuncio: *El que creyere y se bautizare se salvará, pero el que no creyere será condenado*”.

Por el contrario, se sugiere que el convencionalismo y la rutina tradicional condicionan la actitud de los padres que bautizan a sus hijos, mientras se afirma como indudable y se propone como ejemplar la sinceridad de los que no lo hacen.

Cosas parecidas, de las que es mejor no hablar, están ocurriendo a quienes se proponen contraer matrimonio ante la Iglesia, y corren el peligro de verse empujados “pastoralmente” a la ceremonia meramente civil. También aquí, como en el caso de las ceremonias funerales y de las bautismales se suplanta la predicación de la salvación por Cristo, por la de una deletérea mitología de la sinceridad.

El Cardenal Gomá argumentaba la necesidad de la confesionalidad católica del Estado español alegando el hecho de que la totalidad moral de los españoles mostraban su fe en los tres momentos decisivos del nacimiento, en que los padres los conducían a la pila bautismal, del matrimonio y de la muerte.

Parece como si estuviesen algunos ahora persiguiendo la comunidad católica española en el empeño de que ya no sea, lo antes posible, mayoritaria y moralmente universal esta profesión de fe.

En otras etapas se intentó vanamente argumentar contra la conveniencia de la confesionalidad con el

sorprendente argumento de que los católicos españoles no brillaban por la caridad y la justicia social. Se olvidaba en esta argumentación, entre otras cosas, que es una grave falta de caridad y de justicia excluir del cuerpo visible de la Iglesia a un bautizado no apóstata —es una proposición herética negar que sea cristiano quien tiene fe, aunque no esté en gracia de Dios.

Santo Tomás, al dar la razón por la que es ilícito bautizar a un niño, no dotado de uso de razón, contra la voluntad de su padre, dice que la gracia no ha de actuar contra la naturaleza.

Actualmente vemos que, mientras se insiste en que la Iglesia no se identifica con una cultura, y que la evangelización auténtica ha de respetar los valores naturales y las tradiciones humanas de los pueblos, en la medida en que sean legítimas y capaces de ser asumidas en la vida cristiana, se quiere exigir a nuestro pueblo una radical transformación de espíritu y mentalidad.

Pero ya no se trata de un malentendido que pretenda hacer valer la gracia contra la naturaleza. Lo que se hace ahora es abusar de las estructuras y prestigios jerárquicos contra la gracia y contra la naturaleza.

Y si quienes de esta manera combaten la tradición católica de su pueblo imponiendo, con abuso sacrílego, sus consignas de pluralismo y de secularización, intentan así también “europeizarnos”, hay que reconocer que esto probaría que lo que entienden por Europa los europeístas es algo a que España no conviene que pertenezca.

Tal vez porque “Europa” es un término expresivo de los ideales que orientan la decadencia y el hundimiento de la histórica Cristiandad occidental.

LA DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

“Si fuera persona que tuviera autoridad para escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas será corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca descripción. Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas, que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Ángeles en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos.”

(Santa Teresa de Jesús, “Libro de su vida”.)

LOS DOS TALONES

PLINIO CORREA DE OLIVEIRA

Europa es un Aquiles que no tiene sólo uno, sino dos talones vulnerables.

Desde que corte el abastecimiento del petróleo del Oriente Medio, Rusia puede paralizar, de un momento a otro, casi todas las industrias y transportes de Europa Occidental.

Tal medida va siendo cada vez más ejecutable, por dos razones. La primera es que el poderío naval soviético crece cada vez más en el Mediterráneo, lo que permite a Rusia eliminar o perjudicar a fondo el transporte del petróleo. La segunda es que el gobierno de coalición del Irak, del cual forman parte comunistas, expropió la Irak Petroleum Company, que funciona ahora con técnicos rusos. *La colocación y la distribución del petróleo quedarán a cargo de Rusia.* Añádase que la penetración soviética, siempre más intensa en Irán, va haciendo cada vez más peligrosa la situación no sólo del gobierno de ese país, sino también la de los sultanatos petrolíferos del Golfo Pérsico. *Así, todo el petróleo del Oriente Medio podrá caer, en breve lapso de tiempo, en las manos de los soviéticos.*

PODERÍO MILITAR SOVIÉTICO

Este es uno de los "talones de Aquiles" de Europa. El otro es la situación militar.

Sin petróleo, el esfuerzo de guerra de Europa Occidental queda

reducido a casi nada. Pero la cosa es aún peor. Aunque últimamente se ha extendido por el Mediterráneo, el poderío militar ruso en el norte de Europa alcanzó índices alarmantes. Los soviéticos superan a Europa Occidental en poder aéreo en la proporción de 7 por 1. Y el poderío naval de ellos está, respecto al de los europeos occidentales, en la proporción de 4 por 1. Así, por el Norte y por el Sur, Rusia va cercando a Europa Occidental.

—Pero, dirá el lector, ¿y la reducción equilibrada de las fuerzas?—. Respondo que ésta sólo está siendo negociada, por el momento, entre Oriente y Occidente, en el sector central vital (y, por lo tanto, ni en el Norte ni en el Sur).

Así, se explica fácilmente que Rusia tenga ya preparado un plan de invasión de Europa Occidental, consistente en ocupar el Continente y todo el litoral del Atlántico en dos semanas. En dos semanas más, ella contaría con neutralizar toda la resistencia en la zona ocupada. Los Estados Unidos serían paralizados por el terror de una agresión atómica.

"FINLANDIZACIÓN"

A esa invasión, Europa tendría poco que oponer, pues la NATO sólo dispone de 11 mil tanques, en cuanto que las naciones del Pacto de Varsovia disponen de 17 mil.

Lo más probable es que, en la

inminencia de esta invasión, Europa Occidental se deje "finlandizar", sin ninguna resistencia militar.

O sea, los gobiernos conservarían una aparente soberanía, no obstante, en realidad, quedarían en la dependencia de cualquier gesto de mano de los Señores del Kremlin. Una situación casi igual a la de los países satélites.

Quede entendido que Rusia aprovecharía esta situación privilegiada para imponer gradualmente el comunismo a los países "finlandizados".

¿FICCIÓN O REALIDAD?

En vista de ese conjunto de noticias y previsiones catastróficas, el lector tendrá un sobresalto y me preguntará en qué me baso.

Casi todos los datos que menciono tienen como origen dos artículos publicados por el señor C. L. Sulzberger en el "New York Times" y en "O. Estado de S. Paulo" de los días 17 y 18 del corriente mes. De mi parte sólo añadí hechos de notoriedad absolutamente universal.

El señor Sulzberger es un periodista conocidísimo, miembro de la poderosa familia a la cual pertenece el órgano neoyorquino. De este discrepo en todo y por todo. Pero el lector y yo sabemos que es uno de los periódicos más importantes del mundo.

Además, en sus artículos, el señor Sulzberger menciona fuentes

como el servicio secreto norteamericano, y el relatorio "Europa y el Mediterráneo", recientemente aprobado por la Unión de la Europa Occidental.

DESCONFIANZA "SAPA"

Por fin, añádase que el señor Sulzberger está muy lejos de ser —como yo— un anticomunista empeñado en alertar la opinión mundial contra el peligro ruso. No está él, pues, expuesto a la desconfianza "sapa"¹ de exagerar el peligro ruso, para despertar una reacción del Occidente.

Por esto, es sin indignación que el señor Sulzberger constata, en uno de sus artículos citados, la siguiente catástrofe: "Es innegable que Europa Occidental se está volviendo cada vez más irreversiblemente dependiente de la voluntad de Moscú en lo que dice respecto al mantenimiento de su seguridad y progreso económico".

La serenidad del periodista americano tiene una causa. El dice: "La Unión Soviética desea sin-

ceramente una conferencia paneuropea de seguridad, que sea seguida por un acuerdo formal entre el Este y el Oeste, y está preparada a pagar por la ratificación de las fronteras vigentes en Europa, concordando con alguna especie de reducción mutua y equilibrada de fuerzas de los ejércitos del Pacto de Varsovia y de la NATO". Para el periodista, continúa así abierta una esperanza en medio de esas tinieblas. El cree que "la tendencia para una "detente" venga a reducir la amenaza de crisis".

Todo esto muestra al lector que no es nada sospechoso el señor Sulzberger, de querer crear, con sus artículos, un sobresalto anticomunista.

URGEN ALERTAR SIN TARDANZA

—Y yo ¿por qué motivo trato aquí de esos asuntos?

Me niego a admitir que esté todo perdido. Porque pertenezco, por la gracia de Dios, a la categoría de hombres que luchan animosamente, incluso con los recursos más menguados, contra el más poderoso adversario. Porque, antes de nada, creo en la Providencia Divina, y sé que por los ruegos de Nuestra Señora los buenos jamás serán abandonados en su lu-

cha contra el mal. Porque, así, urge alertar sin tardanza a los buenos. No se puede prestar al Occidente un deservicio más fatal que dejarlo dormir delante del peligro que crece asustadoramente.

No sé en qué se ha fundado, exactamente, el señor Sulzberger para afirmar que si se realizaran las hipótesis catastróficas por él mencionadas, esto sólo se daría de aquí a "varios años".

Esto quiere decir que aún hay muchas resistencias por vencer. Entre éstas está —en nuestros tiempos de agresión psicológica— la resistencia de los hombres de fibra en el mundo entero.

Estimular esta resistencia por la consideración —hecha a tiempo— del peligro, crear un ambiente de Fe y coraje, es deber de todos.

Para el señor Sulzberger, como vimos, el peligro no existe, porque se puede confiar en las intenciones pacíficas de los rusos.

Los que, en el mundo libre, participan de su candidez, son una minoría insignificante. Esa minoría perderá rotundamente, si los que no creen en la buena fe soviética despertasen. He aquí por qué escribí este artículo.

Presidente del Consejo Nacional de la Sociedad Brasileña de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad.

(Traducido de la "Folha de S. Paulo", del día 25 de junio de 1972.)

**Se hundieron los gentiles en la fosa que hicieron,
en la red que ocultaron, su pie quedó prendido.
Yahvéh se ha dado a conocer, ha hecho justicia,
el impío se ha enredado en la obra de sus manos.**

Sal. 10, 16-17

1. El autor llama "sapos" a los comunistas y socialistas adinerados que usan la máscara progresista o democristiana. El "sapo" sueña con un mundo en el cual esté en vigor la democracia política liberal, juntamente con un férreo socialismo en el campo económico y social. Y postulan toda clase de concesiones al comunismo.

LA ODISEA ESPIRITUAL DEL MUNDO OCCIDENTAL

Arnold Toynbee «Estudio de la Historia» vol. XII

El culto a la humanidad frente al culto al Dios verdadero

A mediados del siglo xx d. de C., era ya evidente que la elección frente a la cual se hallaba el hombre occidental no era la de si él iba a ser religioso o irreligioso, sino la de si iba a prestar su adhesión espiritual a esa religión o a aquélla. Y en una sociedad de corte científico esa elección entre religiones se limitaba virtualmente a dos alternativas. El mundo occidental del siglo xx podía retornar al culto cristiano del Dios que es Amor así como Poder, o podía sucumbir al culto narcisista de la propia imagen hipnotizadora del hombre. En una edad en la que la técnica humana había sometido tan decisiva y sensacionalmente a la naturaleza no humana, el hombre ya no podía encontrar una tercera posibilidad en el retorno al culto de la Magna Mater, que fuera el principal objeto de culto del hombre antes de que las religiones superiores hubieran tenido su epifanía, tras la ola de técnica superior de la civilización. Una generación que había descubierto la manera de "anular la distancia" y de disociar el átomo podía sentirse más propensa que ninguna otra de sus predecesoras a caer en el mortal error de deificar al hombre; pero, eso sí, ya no podía volver a abrazar la primitiva visión de una naturaleza no humana, concebida como la Gran Madre de dioses y hombres.

El único Dios verdadero y su criatura, el hombre, eran los dos únicos posibles objetos de culto del *homo faber mechanicus*, y la elección entre estos dos competidores en la fase final de una lucha por la existencia librada entre religiones —que era tan antigua como la humanidad— había entrado en un punto crítico en virtud del triunfo de la técnica humana sobre la naturaleza no humana, lo cual había desacreditado terminantemente el culto primitivo de una Magna Mater.

La iglesia militante cristiana había comenzado su vida desafiando el culto de la Dea Roma y del Divus Caesar, que fuera una de las más respetables y benéficas expresiones del culto del hombre, ideadas hasta el momento. ¿Iban los herederos de los mártires cristianos que dieron la vida para ganar la batalla contra la deificación de un estado universal helénico,

a capitular ahora frente al culto de Leviatán que se manifestaba en las formas occidentales más crudas e inicuas, del fascismo y del comunismo? La clave para responder a esta pregunta podía encontrarse en la significación y en las perspectivas de una controversia empeñada en el seno de la iglesia neopagana, cuya religión era el culto de la humanidad.

Liberalismo y comunismo: dos divinizaciones del hombre

Ya observamos que el conflicto real, que había entre el comunismo y el tradicional estilo de vida occidental no era un conflicto económico entre el socialismo y la libertad de la empresa económica privada, que era el punto ostensible de disputa. Observamos cómo ese conflicto económico encubría un conflicto religioso de importancia mucho mayor y por lo tanto mucho más difícil de resolver, y caracterizamos ese conflicto religioso como un conflicto entre dos versiones incompatibles del culto del ídolo humano. El comunismo predicaba que la divinidad del hombre estribaba en el poder material colectivo del hombre, en tanto que el liberalismo predicaba que la divinidad del hombre residía en la libertad personal y en la individualidad de cada hombre. Y ya nos comprometimos a pronosticar que en una lucha por obtener la adhesión espiritual de la humanidad, en la cual los dos únicos competidores de la lista eran el ídolo Leviatán de los comunistas y el ídolo *homunculus* de los liberales, Leviatán no podía dejar de ganar la partida.

Los liberales, en efecto, habían admitido virtualmente la derrota cuando se decidieron a mezclar su liberalismo con el nacionalismo, pues esa apostasía parcial no representaba tan sólo una confesión de que su divino *homunculus* era un objeto insatisfactorio de culto, sino que además representaba la confesión de que el ídolo Leviatán de los comunistas era realmente el único dios verdadero, puesto que en la vía que va del liberalismo al comunismo, el nacionalismo era una morada situada a mitad de camino, en la cual no podría encontrar lugar permanentemente el fatigado *ci-devant* viajero liberal. Al

hacerse nacionalista, el liberal se había convertido de hecho —inadvertida pero irrevocablemente— en un *fellow traveller* de su adversario comunista, puesto que el nacionalismo, lo mismo que el comunismo y a diferencia del liberalismo, era un culto del hombre colectivo; de suerte que la única diferencia sustancial que había entre estas dos variedades del culto de Leviatán consistía en que el comunismo era un culto de la bestia humana colectiva en su totalidad ecuménica, en tanto que el nacionalismo era un culto de esa misma bestia, fragmentada para constituir estados parroquiales. Cuando hasta en la esfera terrenal de las cuestiones económicas, políticas y militares, estos estados parroquiales idolizados ya se habían convertido en anacronismos insostenibles, resultaba difícil creer que continuaran por mucho tiempo recibiendo la adhesión ideológica de ex cristianos que, en el caso de dedicar sus corazones al culto del hombre colectivo, podían encontrar al alcance de la mano, en el comunismo, otra forma del culto de Leviatán que era más satisfactoria, más racional y más práctica.

La batalla de Crecy y la lucha entre el liberalismo y el comunismo

El encuentro de una ideología comunista y de una ideología liberal en el campo de batalla religioso occidental del siglo xx bien pudiera parecerse al encuentro de los *gendarmes* franceses y de los ballesteros genoveses, en la primera fase de la batalla de Crécy. Los dos contingentes de un ejército de adoradores del hombre del siglo xx, se hallaban en el campo de batalla frente a los mismos adversarios adoradores de Dios. Pero antes de que cualquiera de esos contingentes o los dos a la vez entraran en la batalla contra su común enemigo teísta, debían primero ajustar cuentas entre sí; y, en ese ajuste preliminar, los devotos comunistas de Leviatán, en su actitud frente a los patronos liberales del *homunculus*, mostraban toda la impaciencia y todo el desprecio que los caballeros franceses mostraron al tratar con los mercenarios genoveses de la corona francesa, el 26 de agosto de 1346. Para los comunistas del siglo xx, los abogados occidentales liberales de la libertad individual eran tan ineficaces en el combate como habían sido para los empleadores franceses los ballesteros genoveses que, por no haber resguardado previamente sus armas de la lluvia, tenían flojas las cuerdas de los arcos. Esas inútiles tropas que se hallaban a la vanguardia del orden de batalla del ejército ateo venía a encontrarse ahora en el camino de

las fuerzas de ataque marxista que, teniendo buenas armas, estaban determinadas a que la batalla se decidiera mediante una carga. Para los comunistas la única cuestión dudosa era la de si los liberales se habían anulado a sí mismos inintencionadamente al permitir que el mal tiempo les inutilizara las armas y al ocupar una posición en la que representaban sólo un obstáculo para los de su bando, o bien si su ostensible ineptitud era en realidad un artero *camouflage* de un traicionero entendimiento con los teístas quienes, en teoría, eran los comunes enemigos del liberalismo y del comunismo. La respuesta que los comunistas dieran a esta cuestión sería el veredicto que se formularía sobre el liberalismo en el tribunal de la historia marxista; pero a los efectos prácticos del momento era meramente académica, pues la caballería pesada marxista ya sabía que era menester limpiar el campo de los liberales que lo obstruían, para lanzar un ataque decisivo contra sus adversarios últimos, los teístas; y que, fueran las futuras víctimas de esta operación militar tontos o bribones, en cualquier caso era imperativa la necesidad de eliminarlas.

El mundo occidental postcristiano ha repudiado el nombre de Cristiandad occidental

Ante la perspectiva de la implacable determinación que tenían los comunistas de barrer a los liberales de su camino, éstos se hallaban en una penosa situación pues el ideal liberal negativo de la libertad civil para el individuo era un arma tan ineficaz como una ballesta de cuerdas flojas para combatir contra el ideal comunista positivo del sacrificio y la devoción por la humanidad colectiva. La evidente grandeza del ideal comunista hacía que el ideal liberal pareciera fútil; con todo había un hecho incuestionablemente auténtico que no concordaba con esas apariencias; tratábase de la circunstancia de que los liberales prestaban a ese ideal aparentemente fútil, una adhesión verdaderamente sincera. Su creencia en la libertad individual y la disposición, de por lo menos unas pocas almas llenas de celo, a demostrar su sinceridad hasta el punto de dar la vida por esa creencia, a manos de perseguidores alemanes nacionalistas, rusos y chinos comunistas, era el único artículo de fe y la única chispa del vehemente espíritu de los mártires que incuestionablemente estaban aún vivos en el mundo occidental postcristiano, que *ex profeso* había repudiado sus derechos a llevar el nombre de “cristiandad occidental”. Si consi-

deramos cuán endeble era aparentemente este ideal occidental reciente de la libertad personal, cuando se lo comparaba con el celo del comunismo por obtener el bienestar del género humano, podría parecer extraño que hubiera logrado mantener dominio tan singular en los sentimientos de una sociedad en todos los otros aspectos prosaicamente utilitaria. ¿Cuál era la explicación de este misterio?

La fragilidad del ideal occidental de libertad

Al intentar explicar la fuerza que en el siglo xx tenía el sentimiento occidental de la libertad, el primer paso que debería dar un historiador sería el de considerar los orígenes de ese sentimiento. Y debería comenzar su investigación retrospectiva señalando la circunstancia de que los liberales permitían que los comunistas hicieran con ellos una gran injusticia al permitirles que plantearan el conflicto entre el liberalismo y el comunismo desde el punto de vista económico. El derecho de los *entrepreneurs* privados a obtener beneficios económicos podía parecer en verdad una causa menos digna de defenderse que el derecho de la humanidad a hacer que sus intereses económicos colectivos prevalecieran sobre los egoístas intereses económicos de unos pocos individuos capaces o privilegiados; pero esta interpretación exclusivamente económica del liberalismo era, desde luego, una parodia. La libertad en la que los liberales occidentales creían de todo corazón, no era la libertad de que el rico obtuviera beneficios a expensas del pobre. Era la libertad que tenía cualquier miembro de cualquier clase social de expresar una opinión impopular, de defender una política impopular y, de cooperar por esas causas impopulares con otros representantes de una minoría afín de la comunidad. Esa libertad civil era la libertad por la que los miembros de la sociedad occidental del siglo xx estaban preparados a luchar y morir; y daban este supremo valor a la libertad civil porque tenían conciencia de que ella constituía el paladión de la democracia; pero éste era tan sólo el último capítulo del proceso, pues la libertad civil había sido valorada en Occidente mucho antes del consciente renacimiento de un difunto ideal político helénico que tornó a surgir a comienzos de la Edad Moderna de la historia occidental.

El culto occidental de la libertad civil era no sólo más antiguo que la democracia occidental moderna, sino que era también más antiguo que el parlamentarismo occidental medieval, como está atestiguado en

la versión inglesa de la historia constitucional occidental por el hecho cronológico de que el rey Juan firmó la Carta Magna en 1215 d. de C., es decir, treinta y nueve años antes de que se convocara el primer rudimento de un parlamento representativo, en 1264 d. de C. La pasión por la libertad personal en el plano político era en efecto una herencia invaluable que la democracia occidental moderna recibió de la aristocracia occidental medieval, pero los barones feudales no fueron los creadores de este ideal occidental de libertad, y el de la política no fue el plano en el que por primera vez surgió tal ideal en el horizonte del mundo occidental. El ideal occidental de libertad personal tuvo su epifanía en el plano religioso, antes de que los primeros rudimentos de la civilización occidental hubieran comenzado a cobrar forma en el caos de un interregno posthelénico, pues la creencia occidental en la libertad personal era parte de la herencia espiritual que la sociedad occidental recibiera del cristianismo, y su origen estaba atestiguado por el "visionario destello" de una aureola de luz no mundanal, que todavía hacía resplandecer ese ideal y que todavía hacía estremecer los corazones de hombres y mujeres con su irradiación, aun después de haberse rebajado hasta convertirse en un interés secular occidental del prosaico siglo xx, por conservar la libertad de los hombres de negocios para obtener beneficios económicos.

No con entero olvido
ni en desnudez total,
sino arrastrando nubes de gloria, procedemos
de Dios, que es nuestra patria.

La filiación divina fundamento de la verdadera libertad

La creencia occidental moderna en el valor de la libertad personal era un desvanecido vestigio de la original creencia cristiana en la fraternidad de los hombres; y esa creencia cristiana en la fraternidad de los hombres era un corolario del descubrimiento —o revelación— cristiano de la paternidad de Dios, de la que el *locus classicus* era la primera epístola general de Juan.

"¡Mirad qué manera de amor nos ha dado el Padre, para que seamos nosotros llamados hijos de Dios!... Y este mandamiento tenemos de parte de Él: que el que ama a Dios, ame también a su hermano."

Una creencia en el valor absoluto e inestimable de la libertad personal, que no podía defenderse ni intelectual ni moralmente cuando la libertad se interpretaba como el derecho divino de un *homunculus* impiamente deificado, podía asumir color muy distinto si este miserable pretendiente a la divinidad de su Creador fuera salvado del culto de sí mismo, al recibir de nuevo "el espíritu de adopción en virtud del cual nosotros clamamos: ¡Abba, Padre!" Pues la "creación misma será libertad de la servidumbre de corrupción, y admitida en la gloriosa libertad de los hijos de Dios"; y esa gloriosa libertad era una causa por la que los cristianos, que la reivindicaran contra la tiranía de un ídola tra culto de Leviatán, podían dar la vida si fuera necesario, con la segura convicción de que era una causa digna del martirio.

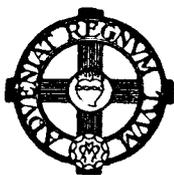
Si hemos explicado así correctamente la perdurable sinceridad y el perdurable ardor de la creencia occidental del siglo xx en la libertad personal, haciéndola remontar a sus orígenes históricos cristianos, tal vez hayamos prestado al liberalismo duramente acosado un servicio que podría haber salvado la vida de los infortunados soldados genoveses en el campo de Crécy, si ellos hubieran hecho algo semejante en la mañana del 26 de agosto de 1346. Al restaurar la tirantez de su parecida cuerda cristiana, hemos vuelto a armar a nuestro ballestero liberal y, al reacondicionarle eficazmente su paralizada arma, le dimos el poder de derrotar a su asaltante comunista, pues en un orden de batalla cerrado, una ballesta es arma superior a las antiguas espadas y lanzas. La intervención del historiador con su máquina del tiempo, puede hacer que la batalla asuma, en efecto, un nuevo giro. Los caballeros cubiertos de cota de malla, podrán lanzar su carga con el mismo confiado *élan* de siempre; pero esta vez su intento fracasaría, pues nunca podrían acercarse lo bas-

tante para neutralizar los dardos de los ballesteros que estarían aguardándolos. Encontrarían la muerte *en route*, a manos de ballesteros apostados a mitad de camino, y a quienes aquellos imaginaban que tenían a su merced y que aplastarían bajo sus pies. Serían muertos a corta distancia por las saetas de ballestas inesperadamente restauradas.

Este símil militar constituía una esclarecedora imagen de la cuestión religiosa que el liberalismo postcristiano debía considerar bajo la creciente presión de la incitación del comunismo postcristiano. Desde el punto de vista neopagano en que se entabló esta batalla espiritual, el liberalismo quedaría irremediablemente vencido, pues el comunismo había logrado poner el *élan* de su herencia de entusiasmo cristiano en el culto de su ídolo, Leviatán, en tanto que el liberalismo se había condenado a restar fuerza a la cuerda de su arco, al adoptar como ídolo contrario un *homunculus*, cuya pretensión a la divinidad era tan patentemente espuria como incapaz de encender siquiera un destello de celo cristiano. Este despreciable idolo pudo ser apropiado para satisfacer las exigencias ideológicas de la sociedad occidental durante el confortable siglo xix de vacaciones, cuando la otrora vigorosa incitación del islamismo al mundo occidental quedó reducida al silencio antes de que ningún oído occidental comenzara a percibir los primeros sonos de los cascos arremetedores de los caballos de la caballería pesada rusa comunista; pero, a mediados del siglo xx, cuando esta nueva horda de caballeros orientales cubiertos con cota de malla, cargaban, lanza en ristre, sobre una sacudida infantería occidental, habíase hecho manifiesto que la creencia del siglo xix en la libertad civil no era un arma apropiada para contener el impetuoso ataque del más peligroso adversario a que los francos hubieran tenido jamás que hacer frente.

Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

ABRIL - MAYO



- GENERAL:** Que los miembros de toda familia cristiana, viviendo en espíritu de caridad, formen una especie de Iglesia doméstica.
- MISIONAL:** Que entre cristianos y musulmanes se promuevan la mutua estima y un diálogo fecundo.
- GENERAL:** Que los medios de comunicación social sirvan realmente a la verdad y a la fraternidad humanas.
- MISIONAL:** Que los medios de comunicación social sirvan para promover los bienes espirituales en las naciones del «tercer mundo», especialmente en Asia.

XII REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

En Porta de Mar (Salou-Tarragona), los días 7, 8 y 9 de diciembre celebraron su acostumbrada reunión anual.

El tema general del presente año fue: *Revolución, conservadurismo y tradición*. A continuación reseñamos brevísimamente los actos de este encuentro.

Día 7. — Después de la Santa Misa, dieron principio las

CONFERENCIAS

D. Balbino RUBIO tomó como tema: *Historia del concepto de revolución*.

La palabra Revolución significa cambio brusco, una ruptura con los sistemas pasados para establecer otros totalmente nuevos, o la doctrina que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios. La ruptura del orden de la Cristiandad medieval da comienzo a Europa y con ello a la Revolución. A esta ruptura suceden cinco más: La religiosa con el luteranismo y los principios del "libre examen"; la ética, con el maquiavelismo; la política; la jurídica y la definitiva del cuerpo místico cristiano con la firma de los tratados de Westfalia. Hizo por fin la historia de las revoluciones desde la inglesa hasta la cubana pasando por la francesa, la rusa, la china y la industrial.

D. Gil MORENO DE MORA tomó también como tema *la revolución*. De entre los ocho significados que da el Diccionario de esta palabra eligió la que la define como "cambio violento de las instituciones políticas de una nación" porque —dicen los revolucionarios— dichas instituciones "pervierten al hombre" naturalmente bueno, con lo que vienen a negar el pecado original, hacen inútil o absurda la Redención, la Iglesia y la doctrina de la gracia.

Las instituciones naturales pueden perfeccionarse o pervertirse y su bondad o perversión depende del uso que se haga de ellas. Por la perversión pueden llegar a ser perversas. Tras un resumen de las principales instituciones de ley natural, auténtico progreso sin dar saltos en el vacío... libertades concretas, cuerpos intermedios, principio de subsidiariedad y orden de pensamiento teocéntrico. Labor lenta en contraposición a la labor revolucionaria que derriba un roble centenario en algunos segundos.

FORUMS

Estuvieron a cargo de D. Patricio Jobbe DUVAL sobre el tema: *La protección de la familia y la enseñanza*, y D. José M. Gil MORENO DE MORA desarrolló magistralmente el de *Gremios, hermandades y cofradías* apuntando la posibilidad del renacimiento de la organización gremial partiendo de los agricultores y artesanos como remedio del dirigismo administrativo.

CONFERENCIAS

M. Federico SCIACCA (que debía iniciar las conferencias el día 7, y retrasó su llegada por fuerza mayor) tituló su conferencia como *Introducción al tema* de la reunión y habló con su acostumbrada elocuencia sobre Revolución, Conservadurismo y Tradición; presenta la Revolución como desviación del principio evolutivo que da a la *praxis*, la acción, supremacía sobre la contemplación y el Conservadurismo que pretende sea inmutable el derecho positivo, como opuestos al progreso y a la tradición.

Le siguió A. G. DE CORTAZÁR y SAGARMINAGA, desarrollando el tema: *El conservadurismo y su visión en la historia*, explanando la concepción de la historia que parte de Dios y va hacia Dios y la estrecha unidad entre la historia y la Providencia.

Día 8. — Previa la Santa Misa D. José LORCA NAVARRETE habló sobre *La historia en el historicismo y en la revolución: del historicismo al sentido revolucionario de la historia*. Disertó sobre la historia como acumulación de datos y la historia como "interpretación racional de los mismos"; el paso del historicismo al sentido revolucionario de la historia efectuado en el siglo XIX y la interpretación de la historia desde Heráclito hasta Marx pasando por Schelling y Hegel hasta la pérdida total del sentido providencialista con el triunfo del comunismo.

FORUMS

Fueron dirigidos por D. Pedro ABELLÓ sobre *La delincuencia juvenil*, refiriéndose a las diferencias entre "bando" y "pandilla", sus causas y posibles remedios.

D. J. A. CANON, cuyo tema fue: *Estado y colegios profesionales*, puso de relieve su necesaria subordinación al bien común, no al Estado, que no debe suplantar, interferir, imposibilitar ni coaccionar sus actividades, pero sí debe regir el principio de subsidiariedad.

D. Francisco de GOMIS CASAS trató de *La ordenación del suelo*. Planteó el problema de la ordenación racional de las grandes urbes y las corrientes actuales sobre el urbanismo; la influencia de la acción de la administración y de las grandes inmobiliarias; presentó como modelo de urbanismo el realizado por la institución "Congreso Eucarístico" de Barcelona y señaló los peligros en que puede caer el desarrollo urbano.

CONFERENCIAS

D. José M.^a PETIT SULLÁ, bajo el tema *La historia como tradición*, después de hacer ver la contradicción en que incurren los revolucionarios y los antitradicionalistas, que al negar la tradición se acogen a una tradición contraria y hacen un engendro contrario al progreso, a la evolución y a la auténtica tradición. Acabó diciendo que la tradición consiste en la verdadera interpretación del pasado, y que no existe el "determinismo histórico", pues la Providencia permite, y al permitir no determina.

FORUMS

M. Jean BEAUQUODRAY y Patricio DUVAL escogieron como tema: *Erotismo y droga como instrumentos de subversión*. La mujer y la juventud son los medios que la Revolución escoge con preferencia para corromper la sociedad; suscitóse animado debate en que se expusieron las líneas de acción para oponerse a su infiltración en España.

D. Julián GIL DE SAGREDO, disertó sobre *El derecho de elección en la enseñanza* extendiéndose sobre el sujeto, y el objeto de la elección; fundamento y fin del derecho de elección. También se pusieron de manifiesto las contradicciones que encierra el *Libro Blanco* y la *Ley General de Educación*.

D. José M.^a CARBALLO FERNÁNDEZ bajo el tema *Imparcialidad o parcialidad del estado en la economía*, señaló las diferencias que en la economía actual de las naciones, y concretamente en España, desempeñan las empresas nacionales y particulares con abundancia de datos que reforzaban sus argumentos.

CONFERENCIAS

D. Andrés GAMBRA GUTIÉRREZ habló sobre *Nación y nacionalismo*, estableciendo una clara distinción entre los mismos: El concepto de nación es social, y en su forma tradicional, se encuentra vinculado a la patria; reunión de hombres unidos por vínculos espirituales y temporales; una nación es lo que es su historia. El nacionalismo en general es disgregador y su mal radica en que mitifica la idea de nación a la que vincula un totalitarismo estatal.

D. JUAN VALLET Y GOYTISOLO, bajo el interesante tema *Revolución, historicismo y tradición en el hallazgo, conservación y progreso del derecho*, ilustró su conferencia sirviéndose del mito de Ícaro comparado con el hombre de hoy "en su intento de alcanzar el conocimiento total, pleno y absoluto de lo justo".

Con verdadero alarde de erudición habló del escepticismo que facilitó el paso al empirismo; del nuevo orden civil propugnado por los pacifistas "que tratan de construir un mundo según modelos preconcebidos por la mente de ideólogos..." Sobre la Revolución hizo notar que se caracteriza por la negación de toda trascendencia, la destrucción de todo para edificar luego sobre un "solar desarbolado y aplanado" poniendo especialmente de relieve que predicando construir la sociedad a base de libertad necesitan de un régimen dictatorial totalitario y coercitivo para imponerlo.

Después de hablar sobre el historicismo, señaló que el hallazgo del derecho en la realización de la justicia, no se reduce a líneas generales sino que precisa una experiencia diversificada y constante, y para que el progreso exista es preciso el equilibrio entre un "conservadurismo a ultranza" y "la fiebre renovadora" porque para el buen funcionamiento del derecho es necesario que la conservación y el progreso sean debidamente conjugados.

Día 9 FORUMS

D. Augusto DÍAZ CORDOVÉS sobre el tema *Aborto y eutanasia*. Señaló el vertiginoso aumento del aborto y el creciente de la eutanasia; recordó la doctrina de la Iglesia sobre el derecho a la vida dado por Dios, y que el hombre no puede violar por ninguna razón sin caer en el homicidio.

D. Estanislao CANTERO habló sobre *Autonomía universitaria*. Refirió especialmente este tema a la libertad de enseñanza señalando como necesaria la financiación múltiple y variada, sin que esté ligada al Estado; la libertad para establecer programas; y validez de sus títulos sin necesidad del reconocimiento del Estado.

D. Germán ÁLVAREZ DE SOTOMAYOR habló de *Subversión y colegios profesionales*, explicando de qué modo las corrientes revolucionarias intentan apoderarse de los colegios profesionales para ponerlos al servicio de sus intereses y señaló el medio de lucha contra esa subversión.

CONFERENCIAS

D. Antonio PÉREZ LUÑO dio su conferencia sobre *Escuela histórica y derecho natural*. Señaló la influencia del racionalismo en los iusnaturalistas y la crisis del Derecho natural en los siglos XVIII y XIX; expuso el pensamiento de la escuela histórica que no admite el Derecho natural sino que considera el derecho como "espíritu del pueblo" que dejará de existir cuando no sea sostenido por ese "espíritu". De este modo la escuela histórica supuso una quiebra en el orden de los valores morales.

D. Jean BEAUQUODRAY y P. JOBBE DUVAL, tomaron como tema: *Acción diversificadora, pluriforme y flexible*. Hablaron sobre el fin y los medios diciendo que la contrarrevolución es lo contrario de la Revolución, pues no se puede emplear lo mismo para construir que para demoler. Los medios de la Revolución son extraños al Derecho natural y tienden a establecer sólo fundamentos humanos para hacer una nueva civilización. Aludieron a San Pío X que señala contra la utopía malsana de la revolución y la impiedad: *omnia instaure in Christo*, es decir debemos promover una acción inspirada en el Derecho natural para lo que tenemos gran necesidad de la oración.

D. Francisco PUY MUÑOZ, cuyo tema era *Derecho y tradición en lo foral hispánico*, comenzó hablando de la crisis que está padeciendo el derecho, por los malos planes de estudio y sus continuas modificaciones, disminución de los aspirantes a los colegios profesionales, desconocimiento de las leyes y amenaza para el derecho privado por el derecho administrativo. Después de señalar la necesidad de un cambio jurídico dijo que la solución de la crisis impuesta por el realismo, el racionalismo y el materialismo, no está ni en la Revolución ni en la conservación porque el Derecho o es tradición o no es nada. Hay que acudir a la tradición foral y sin hacer arqueología, inspirarse en los principios fundamentales alimentados de tradiciones y derivados del derecho natural y divino.

EL BUEN EUROPEO

Gonzague de Reynold «L'Europe Tragique»

El "buen europeo" es el hombre que pone el interés de Europa por encima de los intereses nacionales. Tiene por divisa estas palabras de Guglielmo Ferrero: "Europa se salvará o perecerá toda entera". Por lo que el buen europeo tendría absolutamente razón, si yo no descubriese en él una sospecha de antipatriotismo. Y es que el buen europeo se encuentra situado entre dos mundos, en la posición incómoda de un hombre que acaba de sentarse entre dos sillas. El del antiguo mundo, el de las naciones completamente independientes y los Estados absolutamente soberanos, el del siglo XIX, acaba de desplomarse. Pero el nuevo mundo, el de la organización internacional, acaba de nacer, y es débil. El buen europeo es un burgués, un intelectual, generalmente un profesor. Nacido en el siglo XIX, formado en la escuela del siglo XIX, le repugna abandonarse completamente al internacionalismo tal como lo conciben los revolucionarios, los marxistas. Busca un término medio entre la idea internacional y la idea de patria. Y cree encontrarla a la vez en la Sociedad de Naciones y en la idea europea. Y es que nuestro buen europeo es un liberal, y representa el esfuerzo del liberalismo para renovarse, prolongarse, adaptarse al siglo antiliberal que es ya el nuestro. Su apego a Europa no es otra cosa que el apego a valores ya caducos: ideología de la Revolución francesa, parlamentarismo inglés, ciencia alemana. Añadid una dosis de socialismo político y parlamentarismo, no pasando más allá del socialismo de

la segunda Internacional, y tendréis la fórmula del buen europeo.

Pero esta fórmula no nos podría satisfacer porque no tiene en cuenta suficientemente las tendencias más características y más fuertes del mundo contemporáneo. El ideal del buen europeo es el de Briand y Stresemann desayunando juntos en Thoiry.

La Europa del "buen europeo", no es más que una abstracción. Está situada sobre un plano neutro. Es un refugio al que puede uno encaramarse huyendo de la refriega cuando hay peligro de quedar asfixiado. Europa viene a ser un idealismo, o mejor, el postulado de un idealismo. Pero con este idealismo no se resuelve nada más que teóricamente. Se limita a polarizar las aspiraciones y las inquietudes contemporáneas en torno a un concepto cuyo origen kantiano parece evidente. Europa se convierte en una categoría, *ein Stammbegriff des reinen Verstandes*. El imperativo que de ahí se deriva, es, para el buen europeo, obrar siempre de acuerdo con una máxima que pueda llegar a ser una ley para toda Europa, para todo el universo civilizado. Hay en ella una moral política, pero se reduce al subjetivismo de una conciencia puramente intelectual. Es la Europa que esta conciencia piensa, pero no es la Europa viviente, sufriente, antinómica y compleja de hoy. La Europa de los profesores. La Europa de las conferencias y de los congresos. Una Europa que no tiene en sí ninguna realidad, pero que se impone como un principio de acción. Una Europa que se crea pensándola.

CRISTIANDAD

Redacción y Administración:

Lauria, 15, 3.º (10). Tel. 221 27 75.

Precio de suscripción anual (incluido índice): 300 ptas.